

LECTURAS FEMINISTAS DE LA
SEGURIDAD PARA LA
CONSTRUCCIÓN DE *PACES*
EN AMÉRICA LATINA



LECTURAS FEMINISTAS DE LA SEGURIDAD PARA LA CONSTRUCCIÓN DE PACES EN AMÉRICA LATINA

Equipo de sistematización

Karen Domínguez Mendoza
Laura Henao-Izquierdo
Rosa Emilia Salamanca González

Organizaciones participantes

Corporación de Investigación y Acción Social y Económica- Ciase (Colombia)

Juliana Suescún Gómez
Directora Interna

Rosa Emilia Salamanca González
Asesora de Gestión Política y Alianzas

Verónica Ramírez Montenegro,
Andrea Marín

Coordinadora Operativa Profesional de Apoyo

Servicios y Asesoría para la Paz A.C.- Serapaz (México)

Elsa Pierre
Coordinadora del Área de Seguridad y Protección
Diana Isabel Lepe Sánchez
Subdirectora Operativa

Just Associates / Asociadas por lo Justo - JASS Mesoamérica (México)

Orfe Castillo Osorio
Coordinadora de País, México, JASS Mesoamérica
Sinayini Ruiz Aguilar
Consultora

Centro de Investigación y Educación Popular- Cinep (Colombia)

Laura Henao
Coordinadora del Proyecto de Mediación de Conflictos Sociales e investigadora

Catalina Serrano
Proyecto de Iniciativas de Paz e investigadora

María Fernanda Urrego García
Pasante Proyecto de Mediación de Conflictos Sociales

Instituto Catalán Internacional para la Paz- ICIP

Kristian Herbolzheimer
Director
Sandra Martínez Domingo
Coordinadora del Programa Alternativas de Seguridad

Edición

Carolina Rueda

Diagramación

Carolina González Barahona

Sistema gráfico

Diana Gunneivia García Salamanca

Apoyado por el Instituto Catalán Internacional para la Paz (ICIP), en el marco del proyecto "Perspectivas y alternativas de las mujeres sobre los desafíos de la seguridad en América Latina", financiado por ifa (Institut für Auslandsbeziehungen) con fondos de la Oficina de Asuntos Exteriores del Gobierno Federal de Alemania.

Diciembre 2020



Contenido

Capítulo 1. Contexto: voces de América Latina	4
Capítulo 2. Insumos para el cambio: otra seguridad posible	14
2.1. Armando el rompecabezas: encuentros para construir formas alternativas de pensar y vivir la seguridad	15
2.1.1. Construcción de confianzas interorganizacionales en entornos virtuales	20
2.2. Principales tensiones: ¿la seguridad desde una perspectiva feminista?	28
2.2.1. Epistemología feminista: de lugares situados, puntos ciegos y vivencias interseccionales	28
2.2.2. Metodología	32
2.2.3. Herramientas utilizadas	32
2.3. Conversaciones difíciles sobre nuestras concepciones de la seguridad: ¿cómo construimos paces a través de la seguridad y la protección?	35
2.3.1. Visiones sobre la seguridad/protección	36
2.3.2. De seguridad a seguridades: dimensiones de la(s) seguridad(es)	38
2.3.3. Des-binarizar el pensamiento y la acción: la seguridad en clave de la construcción de paces	43
2.4. Una mirada feminista a la mediación y la construcción de paces: retos para la construcción de nuevos contratos sociales	44
2.4.1. "Poniendo el corazón en su lugar": experiencias de diálogo y mediación	45
2.4.1.1. Perspectivas: nuestras miradas compartidas	50
2.5. Hacia una Teoría de Cambio Compartida	52
2.5.1. Acuerdos para construir haceres colectivos en medio de la virtualidad	54
Talleres locales con mujeres en México	55
Talleres locales con mujeres en Colombia	56
Capítulo 3. Efectos y cambios: cuidado y afectos para la seguridad y la protección	58
3.1. Conceptos en tensión: ¿qué es la seguridad, el diálogo y la construcción de paz?	59
Capítulo 4. Impactos: soñemos junt*s	65
4.1 Reflexiones desde los lugares situados de las mujeres en México y Colombia	69
4.2 Recomendaciones	72
Referencias	73

CAPÍTULO 1

Contexto: Voces de América Latina

Ciase, Cinep/PPP, ICIP, Jassy Serapaz, organizaciones diversas, feministas y no feministas de Colombia, México y Cataluña nos hemos unido para desarrollar conjuntamente el proyecto “*Perspectivas y alternativas de las mujeres sobre los desafíos de la seguridad en América Latina*”. Es una apuesta por contribuir a la transformación de nuestras miradas y abordajes sobre la seguridad, la mediación y la construcción de paz desde nuestras realidades y nuestras vidas cotidianas, a partir de un enfoque feminista, interseccional, decolonial y con una lectura *glocal*¹ del mundo, apoyada por IFA (Institut für Auslandsbeziehungen), con fondos de la Oficina de Asuntos Exteriores del Gobierno Federal de Alemania, programa Zivik.

América Latina y el Caribe reúne a 14 de los 20 países con las tasas de homicidios más altas del mundo, generadas por múltiples razones, entre ellas, los enfrentamientos violentos entre las fuerzas de seguridad y grupos de protesta en Chile y Nicaragua o la expansión de grupos criminales en países como México, Colombia y Venezuela (Insight Crime, marzo de 2020). Tan solo en Caracas, en el 2019, la tasa de homicidios fue de 79 por cada 100.000 habitantes, de acuerdo con Observatorio Venezolano de Violencia (2019). En Ciudad de México, se presentaron 17,6 asesinatos por cada 100.000 habitantes, siendo la tasa de violencia más alta de la ciudad en los últimos 25 años. Y en Bogotá, Colombia, ocurrieron 14,3 asesinatos por cada 100.000 habitantes, que equivale a 1.032 muertes en esta capital (Insight Crime, marzo de 2020).

Llama la atención, en contraste, que la tasa de policías en América Latina y el Caribe también es la más alta del mundo, con 307 uniformados por cada 100.000 habitantes (Guevara, 2015). Por lo tanto, nos enfrentamos a unas **violencias escaladas en América Latina que hacen necesario re-pensar la seguridad**. Para dimensionar la crudeza y complejidad de nuestras realidades, es importante mencionar que América Latina es el continente con mayor desigualdad y violencia: en promedio hay 21 muertes violentas por cada 100.000 habitantes, frente a 14 en África, 7 en Asia, 4 en Oceanía y 2 en Europa. (Perea, 2019: 255-257)

Esta crisis de inseguridad y violación a derechos humanos es multivectorial y diferenciada. También responde a la configuración histórica de la región latinoamericana a nivel global, basada en jerarquías sociales entre diferentes cuerpos, conocimientos y geografías (Quijano, 2014). Reconocer que distintas posiciones e identidades sociales generan diferentes experiencias de seguridad e inseguridad implica reconocer cómo el género permea los valores que definen la seguridad clásica y determina amenazas diferenciadas a la seguridad de las mujeres y las niñas (Urrutia, Villellas y Villellas, 2020). Además, en un marco de poder colonial profundamente racista, las mujeres negras e indígenas, campesinas y de piel morena —la mayoría de nuestras poblaciones— tienen mayor vulnerabilidad social (Ribeiro, 2019), debido a los contextos patriarcales que no reconocen su labor y su dignidad. Igualmente, es importante reconocer las discriminaciones agenciadas sobre cuerpos e identidades que no se corresponden con las concepciones binarias del género, como lo es el caso de la población sexualmente diversa (Mouffe, 2001).

¹Entendemos como una lectura *glocal* del mundo ese espacio en el que se conjugan las vivencias globalizadas en diálogo profundo con los contextos de los escenarios locales específicos que nos circundan (Ciase, 2018).



En medio de estas realidades tan complejas, persisten las **situaciones de riesgo presente y creciente para defensoras de derechos humanos, defensoras del territorio, constructoras de paz y reclamantes de tierras, de cuerpos y de comunidades**. La violencia también ha sido selectiva y orientada a defensoras y defensores de derechos humanos (Red TDT, 2018), y a mujeres que defienden los territorios (ONU Mujeres, 2018). En ese sentido, ser defensora de derechos humanos constituye una situación de alto riesgo por su doble condición de defensora y de mujer. Cuando se trata de mujeres rurales, las desventajas son mayores por la falta de acceso a oportunidades de educación, trabajo y conectividad; así como por el despojo de la tierra, la exclusión y la violencia que se generan dentro del plano comunitario y doméstico (Otero-Bahamón, 2020). La falta de conectividad, sobre todo en tiempos de pandemia, ha develado con mayor profundidad las carencias a las que se enfrentan a diario estas mujeres y que limitan su propia seguridad.

En las últimas décadas, especialmente desde los años 70, en América Latina ha aumentado la polarización, no solo por las decisiones que se toman en los territorios y por la existencia de fronteras geográficas, sino por otros factores como la planeación del crecimiento económico —que ha generado desigualdad—, la criminalidad, el racismo, las posturas ideológicas y la inseguridad. Las relaciones o interacciones que han surgido se enmarcan en contextos de sociedades y comunidades profundamente desiguales, que parecieran no tener opciones distintas a las militaristas para afrontar los riesgos y necesidades de protección.

Se ha configurado una **mirada y aplicación hegemónica de la seguridad en el mundo**. Los modelos de seguridad tradicional basados en la teoría del “enemigo interno”, muchos de ellos promovidos por la Escuela de las Américas al entrenar y asesorar a los gobiernos latinoamericanos en materia de seguridad desde finales de los años 40, han reforzado el imaginario social de la seguridad basada solo en la protección del Estado. Esto ha replicado una narrativa dicotómica schmittiana de amigo-enemigo, fortalecida por un discurso de separación de las esferas pública y privada (Noguera, 2015) y por la exclusión de un sinnúmero de actorías sociales que se encuentran aparentemente subordinadas a las estructuras de poder.

La influencia de la Escuela de las Américas en Colombia y México, aunque no es el único factor que ha reforzado la definición tradicional de seguridad, contribuyó a profundizar algunos conflictos, como lo señala el historiador colombiano Renán Vega. Según este, la influencia de esta escuela se puede rastrear desde la década de 1940, con especial énfasis en los años 60 debido a la guerra contrainsurgente contra las guerrillas que se llevó a cabo en su país (SOA Watch, octubre 2020). Para el caso de México, la escuela se consolidó en los años 80, durante la presidencia de Miguel de la Madrid Hurtado, y ha retomado fuerza recientemente en la guerra contra el narcotráfico que vive este país (SOA Watch, 2011).

Las comunidades y colectivos comparten, no solamente experiencias de vulneración a sus derechos, sino también iniciativas de resistencia y de cuidado. Muchas mujeres son protagonistas y representantes de los intereses colectivos de cientos de comunidades dentro del continente latinoamericano. En este sentido, **la visibilización de sus prácticas de cuidado y de seguridad comunitaria tienen un potencial transformador importante para la región**.

Hablar de seguridad implica incorporar otros tipos de definiciones e indicadores multinivel y multidimensional (Tickner, 1992; Urrutia, Villellas y Villellas, 2020; Otero-Bahamón, 2020) que pasan por repensar los modelos tradicionales de seguridad y por cuestionar las miradas androcéntricas, patriarcales y racistas de las políticas internacionales sobre el tema (Urrutia, Villellas, y Villellas, 2020). De esta manera, no se trata únicamente de entender el panorama latinoamericano de las violencias que existen de manera diferenciada, sino también de visibilizar las propuestas alternativas, contra-hegemónicas y desde el sur como apuestas epistemológicas, que reivindican las distintas ontologías que hacen parte del cambio social proveniente de las y los colectivos, personas y movimientos feministas latinoamericanos.

En esta senda, la agenda de Mujer, Paz y Seguridad ha representado uno de los avances más significativos en materia de inclusión de las mujeres en los debates, estrategias y medidas sobre seguridad de las últimas décadas. La Resolución 1325, emitida por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, reconoce a las mujeres como constructoras de paz. Esta resolución nació en un contexto tensionado por conflictos armados posteriores a la Guerra Fría que marcaron los debates sobre la denominada intervención humanitaria bajo valores liberales de paz (Grasa, 2015). En este sentido, nos encontramos frente a una agenda global de Mujeres, Paz y Seguridad que aún está centrada en procesos de paz y escenarios de negociación o guerras regulares. Por ello, su énfasis es la protección a los grupos más vulnerables que sufren afectaciones en el marco de conflictos armados, entre ellos, las mujeres.

Veinte años después de la expedición de la Resolución 1325, las necesidades, problemáticas y conflictos en el mundo se han transformado, dando lugar a nuevos requerimientos y demandas por parte de la población. Si bien la importancia histórica de la Resolución 1325 radica en el reconocimiento que hizo de las vivencias diferenciadas de las mujeres en las violencias y su rol activo en la construcción de *paces*, es necesario volcar nuestra mirada a tensionar nuestras concepciones sobre cómo percibimos y entendemos la seguridad.

Las mujeres de América Latina queremos hacer visibles los desafíos a los que nos enfrentamos. Por una parte, estamos de cara a una transición de procesos de paz entre actores insurgentes con el Estado —o ‘posacuerdo’, para el caso de Colombia—, a una etapa de dinámicas marcadas por la continuación de las violencias. Estas dinámicas tienen similitudes con la expansión de la violencia en los países centroamericanos después de la firma de los acuerdos de paz en los años 90. Según Pearce y Perea (2019), todavía no tenemos, ni siquiera,





una terminología clara y consensuada para definir estas violencias que aquejan y resquebrajan nuestros tejidos sociales. Lo que tenemos claro es que los actores de violencia se han multiplicado y diversificado.

Los grupos armados insurgentes tienden a desaparecer o transitan hacia el crimen organizado (Herbolzheimer, 2020). Dadas las acuciantes circunstancias, existe **la necesidad de pensar la participación, protección y prevención de las violencias de género contra las mujeres, en contextos de violencias ligadas a extremismos no religiosos como las pandillas y los carteles, entre otros**. Es el caso de las pandillas en los barrios marginados de nuestras ciudades, de los grupos criminales que luchan por el control territorial y de la población que se encuentra en los lugares estratégicos para las rutas del narcotráfico. Por ejemplo, las Maras en El Salvador han desarrollado su actuar sobre la base de una identidad tribal que hace que la pandilla se convierta en su familia. Su familia biológica o de crianza desaparece, rompiendo de raíz los vínculos ejecutando o violando a sus propias madres o hermanas. De esta manera se da lugar a la familia de la Mara. Sus tatuajes —bautizo o mecanismo de entrada oficial a la nueva familia— son la muestra de que estas prácticas arraigadas en valores se van convirtiendo en un *ethos* y en una forma de ideología movilizadora por y para la violencia. Su nivel de control social en los territorios es acuciante.

Uno de los interrogantes más fuertes que hemos tenido en el camino que hemos recorrido en el marco del proyecto ha sido cómo enfrentar el reto que nos ponen los actores armados pertenecientes a redes de crimen organizado. México, El Salvador y Honduras son ejemplos de la crudeza de la violencia que acecha nuestras comunidades y a las mujeres, en particular. Los actores involucrados han puesto en jaque a la fuerza pública y su dominio sobre el territorio sobrepasa las capacidades del Estado para emprender acciones contra la criminalidad y ejercer justicia; supera, asimismo, los alcances de la gente que, en muchas ocasiones, queda amordazada por el terror. **El terror es un mecanismo utilizado por grupos de poder como las bandas criminales o pandillas, y los narcotraficantes, entre otros, —también usado por el Estado— para hacerse al dominio de las poblaciones en los territorios**. Por otra parte, nutriría en gran manera nuestras discusiones y la agenda de Mujer, Paz y Seguridad, analizar el papel que han tenido los actores comunitarios en las negociaciones, procesos de mediación o diálogos con el crimen organizado, pues es una faceta emergente por descubrir para ver el rol que han tenido las mujeres (Herbolzheimer, 2020).

Colombia, por su parte, combina violencias extremas con un conflicto armado "inacabado" que se traslapa con un proceso de transición hacia formas no violentas de expresión de la conflictividad. Quedan pocos grupos insurgentes con jerarquías de mando unificadas, mientras se da la proliferación de grupos criminales —muchos de ellos vinculados a los extintos grupos insurgentes en las llamadas "disidencias"—, que mantienen una disputa con los actores insurgentes que aún permanecen² (caso del Ejército de Liberación Nacional -ELN),

combinado con la incursión de nuevos actores violentos o actores extranjeros con otros tipos de control territorial (Pares, 2018). Se hace necesario estudiar y caracterizar estos grupos residuales que se han rearmado después de las desmovilizaciones de los paramilitares y de la extinta guerrilla de las FARC-EP: las disidencias, las organizaciones criminales al servicio de las élites políticas regionales y los carteles de narcotráfico que controlan el Pacífico colombiano, entre otros. Hay todo un entramado de organizaciones que delinquen, cuya proliferación hace más difícil su tratamiento y disminuye las posibilidades de negociación.

En México, las muertes violentas han aumentado significativamente desde la declaración de la denominada "guerra contra el narco" del entonces presidente Felipe Calderón en diciembre de 2006. De acuerdo con Corona (2008), durante los dos años siguientes, se registraron más de 7.882 asesinatos relacionados con el narcotráfico. Además, altos funcionarios del Ejército se han visto involucrados con grupos narcotraficantes y han quedado en medio de conflictos entre bandas. Un caso reciente es el del general y ex secretario de Defensa, Salvador Cienfuegos Zepeda, quien fue apresado por la justicia estadounidense acusado por delitos con drogas y lavado de activos (New York Times, 2020) y extraditado a México para luego ser liberado por la justicia mexicana. En Colombia y en México, el crimen organizado ha permeado distintos espacios —públicos y privados— y ha generado una descomposición al interior de las instituciones (Solís, 2020) que repercute en las violencias generadas a defensoras de los territorios. De esta manera, el crimen organizado y el narcotráfico se suman a la violencia estructural, directa y cultural contra los cuerpos de las mujeres y otras identidades, generando otra capa o punto ciego (García, 2020) como eje de discriminación.

Si bien para la tradición liberal el ciudadano es un sujeto "neutro, sin cuerpo, sin vida cotidiana" (Ciriza, 2012; citado por Valobra, 2015), la ciudadanía, los movimientos sociales, las identidades diversas y **las ontologías del mundo actual muestran que desde la corporalidad y el mundo de los afectos es posible transformar la realidad** (Quintana, 2020). De esta manera, el Estado y sus instituciones, en particular aquellas que proveen seguridad, podrían ser concebidas "como operadores de nuevas formas de relación y de ser con otros", desde las "prácticas cotidianas, singulares y localizadas de emancipación" (Quintana, 2020; citado por Pachón, 2020). Es por esto que, en esta sistematización, buscamos visibilizar estas prácticas cotidianas desde la mirada emancipadora de mujeres diversas.

Más allá del dolor que impone la violencia, siempre alzamos las alas y emprendemos vuelo. Por ello, los postulados de los feminismos y las voces de las mujeres distintas, complejas, diversas nos permiten avanzar hacia miradas disruptivas sobre cómo entendemos la seguridad y cómo construimos *paces*. **La seguridad es un sector de acción y pensamiento cuya tendencia ha sido homogeneizar la diversidad**; por ello, la transformación a la que le apostamos busca el reconocimiento de lo femenino en quienes hacen parte del

²Los grupos insurgentes tienen un objetivo político de cambio social a través de la toma del poder del Estado (aunque parte de sus fuentes de financiación sean actividades ilícitas, como fue el caso de la guerrilla colombiana de las FARC-EP). En contraste, los grupos criminales carecen de una visión política de la sociedad, pues su interés es eminentemente económico y el ejercicio de su poder está relacionado con el mantenimiento de las redes que les permiten delinquir -sobre todo con el narcotráfico-.





sector seguridad. Hablar de este tema siempre se ha relacionado con paradigmas y lógicas sustentadas por una escala de valores asociados con el terror, las armas y la vigilancia —ahora de las cámaras y las redes sociales—. La feminidad se ha considerado pasiva y receptora de protección, y las discusiones y estrategias sobre seguridad para las mujeres las han puesto en la posición de víctimas. **Los feminismos han aportado al debate al demostrar que el género es una categoría importante para comprender y transformar las relaciones de poder que se estructuran alrededor de la seguridad** (Urrutia, Villellas y Villellas, 2020).

Las organizaciones feministas y no feministas que nos hemos reunido en este proyecto, en alianza con mujeres en los territorios en México y Colombia, resonamos en que es imperioso *transformar las relaciones de poder* que giran sobre un eje patriarcal y machista que se expresa, como en muchos otros campos, en las percepciones que tenemos sobre la seguridad y en los efectos de las medidas tomadas por quienes deciden —generalmente hombres— qué tipo de estrategias usar para abordarla. Las apuestas de las mujeres por la seguridad no son un lugar inerte, son, más bien, tierras fértiles que pretenden dar frutos abrigadores que nos trasladen del lugar de la victimización o la neutralidad hacia un lugar de *agencia*. Queremos romper con las visiones tradicionales de la seguridad en términos de seguridad del Estado, para avanzar en la comprensión de la seguridad también como un *continuum* entre lo público y lo privado. Debemos lograr una transformación en estos ámbitos para que la seguridad facilite la visibilización de las acciones diarias de las mujeres en torno al cuidado de la vida en todas sus formas; así como su *agencia* política para generar transformaciones en la construcción de *paces*.

Por otra parte, también es necesario deconstruir la noción de que “para poder ser lideresas hay que demostrar que nos van a matar”. Esa idea de sacrificio, de que entre más riesgo existe hay mayor efectividad en los procesos, pone en peligro a las propias comunidades, mina a las organizaciones y resquebraja los movimientos sociales. No deseamos, por lo tanto, *romantizar el riesgo* (Pierre, 2020) sino transformar la idea de feminidad como una posición aislada, neutral, carente de la fuerza para tomar decisiones que salvaguarden nuestra seguridad y contribuir a la construcción de *paces*.

En el marco de esta apuesta conjunta, existe la **oportunidad de tener múltiples organizaciones que resuenan en el diálogo y la mediación, la protección y el cuidado desde diferentes miradas en relación con la construcción de paces y de seguridad**. Encontramos una entrada desde la epistemología feminista como un marco crítico que permite repensar las relaciones que se quieren construir para un proyecto de sociedad —no solo para las mujeres—. Si bien no todas las organizaciones participantes se definen como feministas, sí tienen sensibilidades afines con la epistemología feminista debido al trabajo que desarrollan en sus respectivos países. Con los feminismos, retomamos los avances en torno a los derechos humanos de las mujeres, especialmente la relación del derecho a una vida libre de

violencia con la seguridad, teniendo presentes los avances y desafíos de la agenda global de Mujeres, Paz y Seguridad en sus 20 años.

Hemos visto en las últimas décadas cómo los **movimientos sociales de mujeres se siguen robusteciendo en el ámbito global y en el regional en Colombia y México**. Muestra de ello es que muchos Estados alrededor del mundo han adoptado compromisos en sus agendas y planes de gobierno respecto a la seguridad, como resultado de las acciones emprendidas por las mujeres para exigir y reclamar, a partir del diálogo y la movilización social, cambios en las políticas (Urrutia, Villellas y Villellas, 2020).

Es evidente que uno de los factores más difíciles de manejar en América Latina son los feminicidios, por ser actos políticos realizados en lo privado. De acuerdo con el Observatorio de Igualdad de Género de América Latina y el Caribe a cargo de la CEPAL, los datos oficiales de feminicidios de 15 países muestran que, solo en 2018, al menos 3,287 mujeres fueron víctimas de feminicidio. Estos responden a la no aceptación del cambio de las relaciones de poder en la instancia de lo íntimo y cercano. El hombre no concibe que la relación de poder se transforme, por lo que la consecuencia para el adversario, es decir, la mujer, es que debe desaparecer porque se convierte en el enemigo. Es lo que ha sucedido en Ciudad Juárez en México. Desde que los casos salieron a la luz pública en 1993, hay registros oficiales de 100 feminicidios, pero es posible que sumen más de 500 (El País, 2016). Pese a lo alarmante de las cifras, se han logrado avances normativos importantes para el reconocimiento de los feminicidios como delito.

Parte del arduo trabajo de los movimientos sociales de mujeres ha sido llevado a cabo por las organizaciones participantes en este proyecto. Hemos estado promoviendo encuentros, facilitando diálogos entre diferentes, despertando e *impulsando la curiosidad* por l*s demás (Herbolzheimer, 2020), teniendo conversaciones difíciles sobre seguridad y sobre sus implicaciones en la construcción de *paces* en contextos multiculturales. Hemos enfrentado desafíos para incidir en la agenda de Mujer, Paz y Seguridad para que sea garante de nuestras realidades, que converse con nuestra complejidad y que vea en nuestra diversidad un elemento para la construcción de sociedades equitativas.

Alrededor del mundo las mujeres hemos construido coaliciones, plataformas de acción, redes, alianzas, juntas, mingas, milpas, fundaciones, consejos comunitarios, colectivos, corporaciones y asociaciones, entre otras, que nos han permitido organizar nuestras ideas, sentires y acciones transformadoras concretas. Hemos visto mujeres manifestando sus inconformidades en la calle, en la casa, en el campo, en las escuelas y universidades, en el transporte público... Hemos encontrado en los feminismos un lugar seguro —no por ello neutral ni exento de tensiones— para seguir caminando en estas luchas por deconstruir imaginarios estereotipados sobre la seguridad como una experiencia masculinizada, antagonista de la construcción de *paces* —más ligadas a la feminidad—. “La construcción de movimientos





es nuestro horizonte” (Castillo, 2020).

Parte del desafío de poner a dialogar la agenda de Mujer, Paz y Seguridad con las realidades difíciles de América Latina es reconocer, en primer lugar, que en el caso de las mujeres y de la población en general, existen experiencias de opresión diferenciadas que se intersecan entre sí, debido a características particulares en contextos o grupos sociales determinados. Los espacios en que estos *vectores* o *ejes de discriminación*, como los denominan Ciase y Jass respectivamente, se intersecan en determinados cuerpos, hacen de sus vivencias *lugares situados* (Haraway, 1995) que debemos explorar desde el respeto para abordar otras maneras de concebir y ejercer la seguridad en nuestros territorios. Además, hemos reflexionado desde el marco de la *epistemología decolonial*, los horizontes de transformación, de construcción de *paces* y seguridad en un sentido más amplio (Castillo, 2020).

La interseccionalidad ha dejado de ser un anhelo en muchos discursos y se ha convertido en una pregunta central para materializar la seguridad y la protección. Se ha complejizado para dar cuenta de otras características que se convierten en *marcas de diferencia* entendidas como estructuras identitarias o contextuales (de carácter dinámico) que marcan la vida de las personas (García, 2020). La *interseccionalidad* nos permite desdibujar las fronteras entre el pensar y el hacer. Nos invita a recorrer, quizás, un camino más largo, pero, a su vez, más provechoso, para reconocernos en nuestras diferencias, necesidades, intereses y acceso a derechos. Este enfoque permite analizar de manera más cercana las vivencias de las mujeres para implementar acciones sobre su seguridad. Nuestras experiencias vitales nos marcan como seres humanos. Conocerlas nos permite no normalizar las violencias al estar en una posición de mayor conciencia frente a los *puntos ciegos* que tenemos frente a la otredad: esas vivencias desconocidas o sin significado porque no se viven en carne propia. Conocer estas experiencias nos ayuda a convertirnos en *sujetas* de nuestra seguridad.

Acercarnos a estas vivencias nos brinda un espacio para identificar riesgos que se encuentran normalizados por las comunidades, como si fueran parte "natural" de la convivencia. A su vez, estos riesgos normalizados, escondidos bajo los mandatos, discursos, valores y prácticas patriarcales de nuestra cultura, son los que subyacen y obstaculizan el trámite de las conflictividades que usualmente solemos poner en marcos de lectura moral, como por ejemplo, naturalizar la violencia contra las mujeres por su comportamiento o creer en verdades absolutas y naturalizadas que derivan generalmente en visiones binarias de amig*-enemig*, buen* o mal*, blanc* o negr*, moral o inmoral, verdad o mentira, bonit* o fe*. La naturalización de estos conceptos genera sociedades en las que no se perciben la gran gama de tonalidades que puede haber en una relación entre dos o más personas. Estas creencias suelen justificar las violencias que es*s otr*s viven. La perspectiva interseccional nos permite comprender y actuar sobre la configuración y las redes de los *sistemas de discriminación*

y *privilegio* (Salamanca, 2020). Leer nuestros lugares situados en conjunción con los de los demás nos pone en un espacio de *empatía*, de *intuición* y de *respeto* (García, 2020). Nos enfrenta a nuestro propio espejo con el reflejo de l*s otr*s.

El presente ejercicio de sistematización de esta apuesta conjunta, siguiendo la estructura de nuestra *Teoría de Cambio*, se presentará de la siguiente manera: en primer lugar, se encontrarán los *insumos* con los cuales contamos todas las organizaciones para avanzar en este camino por construir maneras alternativas de vivir la seguridad desde las miradas de las mujeres. Daremos cuenta de cómo se fue gestando el proceso de nuestro encuentro como organizaciones feministas y no feministas, los talleres introductorios de formación que hicimos entre las integrantes de las organizaciones; el análisis de los contextos en los cuales trabajamos; la importancia del rol y las alianzas con la comunidad internacional como *actorías* clave para la incidencia política. También hablaremos sobre nuestras herramientas para llevar a cabo el proceso con las alianzas locales que tenemos con mujeres de organizaciones de base y organizaciones de segundo nivel.

Por otra parte, se encontrarán los *efectos/cambios* a los que les apostamos como eje para la transformación. Hablaremos sobre nuestras miradas compartidas —y en tensión— respecto a nuestro vínculo de confianza para trabajar sobre seguridad, el papel del diálogo y la mediación desde perspectivas feministas. Este vínculo de confianza también lo hemos generado con las mujeres locales en los territorios en México y Colombia, que son mujeres con las que hemos trabajado con antelación en procesos de formación sobre seguridad, diálogo/mediación y construcción de *paces*. Asimismo, compartiremos nuestros saberes en el marco del vigésimo aniversario de la Resolución 1325, para contar nuestras experiencias sobre la manera en que el proceso nos ha permitido transformar nuestra conciencia de nuestros lugares situados, tensionando nuestros puntos ciegos y fortaleciendo nuestros saberes sobre seguridad, mediación/diálogo y construcción de *paces* desde una mirada feminista e interseccional.



CAPÍTULO 2

Insumos para el cambio: otra seguridad posible

En este caminar nos hemos encontrado personas de diferentes países, con experiencias de vida y trayectorias muy distintas. Con su propio bagaje, cada una de las organizaciones participantes, feministas y no feministas, ha contribuido con sus saberes, habilidades y personalidades a la construcción de este rompecabezas de múltiples piezas. Nuestros aprendizajes —que se han tensionado en este proceso— hacen parte de los insumos más valiosos con los que hemos contado para avanzar en esta apuesta conjunta por pensar e implementar formas alternativas de hacer y saber la seguridad desde un marco amplio, diverso y plural de feminismos.

2.1. Armandó el rompecabezas: encuentros para construir formas alternativas de pensar y vivir la seguridad

“La incidencia es tejer: relaciones, miradas, opciones, desafíos, retos. [...] Yo tejo, es lo que hago todo el día” - Rosa Emilia Salamanca. (Entrevista, septiembre 23 de 2020).

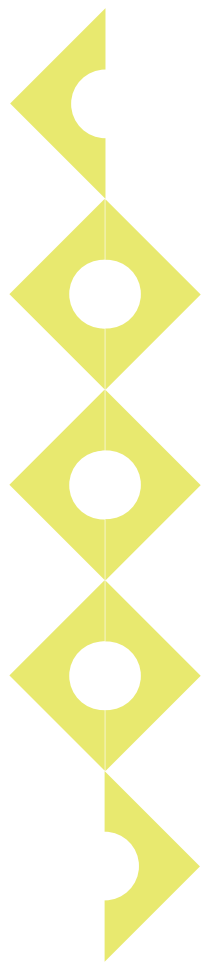
Pieza por pieza, este proyecto se ha armado como un rompecabezas. Encontrarnos y desencontrarnos en nuevas miradas para abordar la seguridad y tensionar los saberes que creíamos establecidos; ha sido un proceso que ha implicado trenzar relaciones, contactos, intereses y propósitos de cambio.

Tomar la decisión de confluír en este espacio ha sido el resultado de muchos años de trabajo conjunto entre algun*s de l*s integrantes de las organizaciones participantes, quienes constantemente han desarrollado estrategias para construir *paces* en sus territorios a partir de cuestionamientos demandados por sus propias vivencias y por las experiencias compartidas con las comunidades con las que trabajan. Para relatar el proceso de gestación y formulación del proyecto, primero, queremos contarles brevemente quiénes somos a nivel organizacional. Hablar desde nuestros lugares situados nos permite evidenciar de manera más clara los caminos que hemos transitado.

Ciase, organización feminista mixta, con sede en Colombia, que ha trabajado por la construcción de sociedades democráticas en el marco de la exigibilidad de los Derechos Humanos, el respeto por la pluralidad y la transformación dialogada de conflictos, ha sido la que ha liderado esta apuesta conjunta en su primera fase. Debido a la relación cercana que ha construido a través de los procesos de diálogo y mediación que han facilitado en municipios gravemente afectados por el conflicto armado en el país, invitó a Cinep/PPP a participar. Como bien lo menciona su Misión, en el Cinep/PPP le apuestan a la vida, trabajan por una sociedad justa, sostenible y en paz por medio de la producción de conocimiento, la rigurosidad investigativa y la educación popular bajo las orientaciones de la Compañía de Jesús en Colombia.

El Instituto Catalán Internacional por la Paz (ICIP) es una entidad que trabaja en la investigación, la divulgación de conocimiento y la acción





para promover la cultura de la paz en Cataluña y el mundo. Kristian Herbolzheimer, su director, propuso orientar estratégicamente el Instituto hacia el trabajo con comunidades en terreno, de manera que el trabajo del Instituto se hiciera materializable en las vidas de las personas. Rosa Emilia Salamanca, asesora de gestión política y alianzas en Ciase, nos contaba durante la entrevista que realizamos para conocer con mayor profundidad los orígenes del proyecto, que la relación que Ciase ha urdido con ICIP ha sido fundamental para canalizar los esfuerzos hacia esta apuesta conjunta a cinco manos. Este proceso ha surgido de la cotidianidad que nos hace coincidir: ICIP ha sido un puente entre Colombia y México. Dos países tan cercanos a nivel cultural y territorial, que se han observado mutuamente por la relativa “similitud” de las problemáticas que los aquejan y de la asombrosa resistencia de sus pobladores, se han acercado gracias a la relación de confianza que han forjado por medio del trabajo con ICIP.

Por medio de ICIP, Cataluña tocó las puertas de México y Serapaz se unió a la aventura. Serapaz es una organización civil que brinda servicios para la paz y la justicia, acompañando los procesos de las comunidades para la transformación de sus conflictos. Su director, Alberto Solís, se encontraba por casualidad en Barcelona y, al pasar a saludar a sus amig*s en ICIP, se dio la oportunidad de enganchar a la organización en un proyecto que contribuiría con el propósito de profundizar el trabajo en las problemáticas de género relacionadas con la seguridad y la protección a defensoras en México. Al priorizar el estudio de las dinámicas del género como categoría sustancial para comprender e intervenir las violencias hacia defensoras del territorio, Serapaz ha tejido un vínculo estrecho con Jass (Just Associates o Asociadas por lo justo). Jass es una red global de activistas, educadoras populares y académicas en omce países, que trabajan para construir movimientos sociales con las mujeres lideresas a partir de la confianza, la fuerza y la seguridad. Por su trayectoria Serapaz reconoció el potencial de Jass, como red feminista, para contribuir de manera significativa.

Nos reúne en este proyecto nuestro diagnóstico común de que la manera en la que se enfrenta la violencia y se diseñan las políticas de seguridad en América Latina propicia las condiciones para su escalamiento, que, además, suele expresarse de forma más férrea contra las mujeres. A partir del trabajo que hemos realizado con las comunidades en nuestros territorios, vemos necesario re-pensar y re-hacer la seguridad, esta vez, sobre la base de la epistemología feminista como una de las múltiples entradas que tenemos para abordar esta problemática.

Parte de la apuesta feminista de Ciase, que está siendo acompañada desde sus propias visiones por las demás organizaciones, ha sido cuestionar el abordaje de la seguridad en la agenda global de Mujer, Paz y Seguridad. Los primeros intercambios para consolidar la propuesta del proyecto permitieron dilucidar el interés de las organizaciones por trabajar con mayor profundidad la agenda de Mujer, Paz y Seguridad en América Latina, continente en el que no ha tenido un impacto evidente, quizás, con excepción de Colombia por las características

de su conflicto armado. El énfasis de la agenda en conflictos o guerras regulares está relacionado con un enfoque que tiene mayor enraizamiento en el único país del continente que aún mantiene un conflicto armado de carácter político en el siglo XXI.

Escribir el proyecto fue un desafío ante la irrupción de la pandemia en nuestros países. Requirió intensas jornadas de revisión y adecuación de la propuesta, modificar las actividades planeadas, adaptarlas a la virtualidad y manejar un nivel de incertidumbre en el que el mundo entero se sumió. Finalmente, después de interlocutar constantemente con el donante, ifa (Institut für Auslandsbeziehungen), fue aprobado y pudimos iniciar con las actividades.

Para la construcción de este relato, decidimos que un pequeño grupo de mujeres nos encargaríamos de realizar el ejercicio de sistematización. Laura Henao-Izquierdo, Catalina Serrano y María Fernanda Urrego, del Cinep/PPP, y Karen Domínguez y Rosa Emilia Salamanca, de Ciase, hemos unido nuestras voces y subjetividades para dar vida con nuestros lápices a estas páginas. Desde nuestros lugares situados hicimos el ejercicio de escribir con nuestra pluma algunas palabras que los descubrieran:

Rosa Emilia Salamanca

Cuando me preguntan por mi lugar situado, siempre me hacen pensar ¿quién soy yo? y, bueno, trato de responder que soy una mujer mulata, hija biológica de un hombre afrocolombiano y una mujer blanco-mestiza e hija adoptiva de un hombre y una mujer blanco-mestizos de una región muy particular de Colombia que se llama Boyacá. Es decir, soy andina por adopción, pero hay en mí otros elementos que matizan ese ser andino que se presenta de alguna manera divergente. Estudié en Bogotá a finales de los 70 y principios de los 80, época de transformación y convulsión política, tanto a nivel del país como en América Latina. Mi vida ha transcurrido entre el trabajo con comunidades indígenas que me han marcado profundamente en mi identidad cultural y espiritual, el feminismo como forma y como fondo en mi vida, el desempeño político y laboral, la lucha por los derechos humanos desde una perspectiva integral y dinámica como base del ejercicio humano y la construcción de paz en un lugar tan complejo y convulsionado como mi país. Creo profundamente en el diálogo como mecanismo de transformación

de conflictos y cuando pienso en la seguridad pienso en una cotidianidad para mujeres y hombres que sea capaz de brindar condiciones de tranquilidad, en la que puedan vivir libres del terror y de la necesidad agobiadora que no permite tener una vida con respeto y creatividad. En este sentido, creo firmemente que debemos transformar el contenido de la seguridad y asumir con más fuerza la noción de seguridad humana, que, si bien es mucho más difícil, sin duda es una visión integral con mayor impacto. Sin embargo, retornando al saber feminista que me anima, considero que la misma seguridad humana y la agenda internacional de mujeres, paz y seguridad necesitan ser analizadas y retroalimentadas desde una noción que integre estos nuevos enfoques, estas nuevas lecturas de la realidad y develen asuntos que a simple vista no se ven. Estoy convencida de que esto sin duda, cambiará los conceptos mismos de conflicto y de paz por unos mucho más amplios que retomen la subjetividad de quién debe ser cuidado y para qué debe ser cuidado o cuidarse y de quién tiene el deber de protegerle.

Karen Domínguez Mendoza

Mujer negra nacida en la cercanía al Pacífico colombiano, en un barrio popular de la ciudad de Cali. Me he reconocido en las mujeres que me antecedieron; en sus fortalezas, virtudes y resistencias. Politóloga de profesión, me he desempeñado en el área de cumplimiento normativo de la naciente industria del cannabis medicinal en Colombia. He emprendido un camino desde los feminismos negros para reivindicar política y estéticamente mis pelos afro, en un esfuerzo por encontrarme con mi identidad, con mis ancestras y ancestros, en la historia que me ha sido esquiva. Nacer y criarme en una ciudad como Cali, entre la maravillosa brisa de las 4:00 pm que se mueve al ritmo del guaguancó y las montañas y los pájaros, que es, también, la ciudad con la mayor tasa de homicidios del país ha hecho que la seguridad sea un tema central de mi cotidianidad como mujer. Saber en qué sitios puedo o no caminar sola o con amigas, o a qué horas puedo transitar por determinados lugares ha marcado mi experiencia de seguridad. La prevención y la desprotección, así como el sentirme vulnerable, han sido constantes.

Mi acercamiento más profundo a la seguridad, desde un plano teórico-práctico y desde las estrategias gubernamentales para abordarla, inició con la iniciativa de unas amigas llamada “Lunes de Ciudad”, en la que promovieron espacios de diálogo para discutir sobre la seguridad en la ciudad con diferentes actores tanto de la comunidad como de la administración local. Por otra parte, una aproximación de raíces más profundas resultó en mi trabajo con Ciase en el marco del presente proyecto. Soy una mujer joven que le apuesta a la construcción de *paces* y que, desde las identidades y las diversidades, contribuye a gestar los cambios necesarios para que nuestras miradas y abordajes de lo que concebimos como estar seguras ponga en el debate las vivencias diferenciadas de nuestros lugares situados. Al ser una mujer urbana, el contacto relativamente reciente con el mundo rural me ha ayudado a crear conciencia sobre mis puntos ciegos de lo que es vivir y pensar desde el campo. También, me he cuestionado acerca de las identidades sexuales diversas, siendo yo una mujer heterosexual, que trata de comprender cómo construir un mundo en el que las diferentes expresiones del amor y del deseo puedan ser libres y respetadas.

Laura Henao-Izquierdo

Mi nombre es Laura Henao, soy colombiana, nací y crecí en diferentes partes del país, por lo que siento que tengo muchas esencias que han nutrido mi espíritu, mi mente y mi cuerpo. Estudié en Bogotá, en una universidad privada primero y, luego, en una pública. Esa fue mi primera aproximación a la diferencia. Entender que las posibilidades son muy distintas, aunque se tengan las mismas capacidades, aunque parece obvio, es un choque para la conciencia. Desde que

estoy trabajando en una organización que defiende los DDHH he podido acercarme a esa parte rural y diversa, a sus lenguajes y a sus cuerpos. Allí, empecé a comprender los retos de la seguridad desde diversas miradas, pero también las apuestas de paz para enfrentarlos. Y poco a poco transformé mi visión sobre la manera en que cuerpos y emociones resisten y proponen alternativas para la seguridad en el mundo.

Catalina Serrano

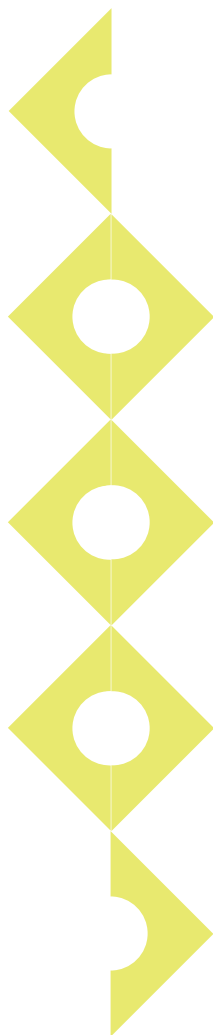
Soy antropóloga, nací y crecí en Boyacá lo que hace que, pese a tener una trayectoria de vida urbana, me identifique profundamente con el sentir de la ruralidad. De cara a mis puntos ciegos, siempre ha sido difícil para mí enfrentarme al relato de la guerra y sus impactos sobre el cuerpo de las mujeres, esto tal vez, como un mecanismo de autoprotección ante situaciones dolorosas

que nos hacen sentir impotentes, de allí que agradezca y valore muchísimo la apertura de espacios en los que, como mujeres, defensoras de derechos humanos y acompañantes de otras mujeres, podamos hablar con tranquilidad sobre estos temas y desarrollar herramientas humanas para valorarnos, escucharnos, aliarnos y cuidarnos.

Maria Fernanda Urrego

Soy una mujer joven cisgénero, blanca-mestiza, nacida en zona urbana, pero en sus épocas de vacaciones escolares criada en el campo por sus abuelos. Soy estudiante de Relaciones Internacionales en una universidad privada. Uno de los puntos ciegos sobre los que he reflexionado es la manera en la que las dinámicas y las características de las ciudades afectan las percepciones de seguridad de las mujeres que las habitan, las diferencias se ven entre diferentes ciudades capitales y se acentúan cuando se comparan los entornos urbanos con la ruralidad; para mí fue increíble darme cuenta de que estas mujeres rurales muchas veces cuentan con algunas desventajas adicionales por su contexto. La reflexión sobre el lugar situado y los puntos ciegos me permitió ver cómo nuestras realidades cotidianas nos encasillan, nos mantienen en una zona de confort y nos limitan el conocimiento de otros contextos cuando nos sentimos cómodas en una situación. En estas actividades que se realizaron con las y los participantes me di cuenta de que la empatía nos ayuda, no solo a crear lazos de confianza, sino a conocer lo que la otra persona puede estar pasando en su cotidianidad.

Por otra parte, desde ese lugar situado que describí en las primeras líneas puedo ver, ahora, después de estas reflexiones suscitadas por esta experiencia, que la seguridad, entendida como la ausencia de peligro o riesgo, ha sido un factor relevante en la construcción de mi lugar situado; he visto que son las mujeres las principales afectadas por los hechos de violencia familiar y, en general, por la violencia que se da en la sociedad, pero hasta el momento no he tenido experiencias en las que mi seguridad se haya visto vulnerada. Finalmente, mi participación en este proyecto y las iniciativas de construcción de paz que conocí me permitieron concebir la seguridad más allá de la ausencia de; las anécdotas de las mujeres que participaron en los talleres y de las mismas facilitadoras me ayudaron a ver que sentirse en paz, en confianza y con tranquilidad, parte de cuidarnos a nosotras mismas, no solo en lo físico sino en lo emocional y ambiental.



2.1.1. Construcción de confianzas interorganizacionales en entornos virtuales

Este encuentro entre las experiencias de las organizaciones feministas y no feministas a partir de sus visiones de seguridad requirió construir lazos de confianza para que el trabajo entre organizaciones, algunas sin contacto previo al proyecto, pudiera darse. La virtualidad forzada —como la denomina una de nuestras compañeras de Serapaz, Elsa Pierre— en la que nos vimos abocad*s como una de las estrategias más utilizadas para salvaguardar nuestra salud y la de las comunidades con las que trabajamos, y para evitar la propagación del Covid-19, nos llevó a reflexionar sobre nuestras metodologías, sobre cómo adaptar nuestros contenidos a ambientes virtuales o de semipresencialidad asistida por tecnología a través de plataformas de comunicación. De igual manera, redefinió la forma en que trabajamos en nuestras propias organizaciones y con las organizaciones aliadas.

La gran mayoría de quienes nos encontramos en este proyecto no nos hemos conocido de manera presencial. Nuestra interacción se dio completamente por medios virtuales debido a las restricciones impuestas en nuestros países para contrarrestar los efectos de la pandemia. A pesar de las dudas que tuvimos sobre cómo íbamos a poder generar relaciones de trabajo amigables, estábamos abocad*s a llevar a cabo la misión que teníamos por delante. El primer espacio de trabajo conjunto en el que coincidimos fue acogedor, profundamente reflexivo y prometedor. Encontrarnos a través de los cuadrados de Zoom, habituarnos a las reuniones constantes por plataformas de videoconferencia y mantener comunicaciones por correo electrónico o mensajes de WhatsApp nos hicieron extrañar profundamente los abrazos, hablar directamente mirándonos a los ojos, las risas, comer, aprender y compartir junt*s en el mismo espacio.

Entre reuniones ejecutivas, administrativas y de planeación, poco a poco nos fuimos conociendo, presentando a nuestros equipos de trabajo, aunque no contábamos con mucho espacio para compartir nuestras cosmovisiones, posiciones, concepciones, nuestros miedos, cansancios y sueños. Nuestro primer logro fue armonizar las agendas para realizar el primer encuentro virtual en los talleres introductorios de intercambio entre las organizaciones. En medio del diálogo fuimos cuestionando nuestras convicciones, tensionando nuestras creencias y encontrando aquello en lo que resonamos.

En este proceso colectivo, además de quienes escribimos este ejercicio de sistematización, hemos caminado junt*s:

Sandra Martínez

Desde el replanteamiento de mi lugar situado, he sido consciente de que este es un cruce de caminos. Como mujer europea y cisgénero, y llamada también joven, destacaría cómo yo misma participo en ocasiones en procesos de homogeneización de la “otredad”, pues todo lo que no es igual a mí pasa a ser “aquello diferente”, negando, paradójicamente, la diferencia. Un ejemplo de ello es mi relación con la identidad de género. También he reflexionado especialmente sobre la colonialidad y la racialización, desgranándolas como sistemas complejos de opresión que nos atraviesan y condicionan a todas en diversas intensidades que se mueven entre el privilegio y la subalternidad. Otro punto ciego es, para mí, la edad, poniendo énfasis en las barreras que encuentro en las relaciones intergeneracionales. Por todo ello, una de las principales conclusiones

que extraigo es que los privilegios son complejos, contextuales y dinámicos. Y esto lo enlazo con mi visión de la seguridad: considero que esta debería ser la gestión de las vulnerabilidades humanas. Todxs somos inherentemente vulnerables en el momento que vivimos en interdependencia, pero hay patrones y relaciones de poder que desequilibran estas vulnerabilidades, que las convierten en vulnerabilizaciones. Así, una mirada más amplia y justa de la seguridad es, para mí, aquella en la cual reconocemos que la comunidad y los lazos pacíficos con otrxs son la base y que el cuidado debe ser la herramienta. Se convierte en realidad cuando podemos vivir en libertad, tranquilidad, confianza y teniendo recursos para gestionar aquello que nos produce miedo y nos provoca daño.

Diana Lepe

Diana Lepe, mujer heterosexual de piel morena que, a ratos, le parece a algunas reflejo de piel indígena; sin embargo, aunque esto me halaga, también me apena, pues en mi historia se ha perdido la historia de la raíz de mi identidad indígena. Mujer urbana que, al crecer en las periferias y con algunas desventajas, ha ido ganando y teniendo privilegios que le han permitido seguir luchando por otras realidades posibles. Mujer madre, mujer compañera, a la que le cuesta y lucha cada día por reconocer las opresiones cotidianas que ejerzo y que en mí se ejercen.

La noción de seguridad desde el sitio en que hoy estoy va atravesada por comprender las violencias al cuerpo feminizado por quienes son compañeros y compañeras de lucha y que en su opresión oprimen; violencias ejercidas por quienes creen que solo su mundo es mundo y no el de quienes menos tienen. En medio de un miedo que se convierte en fuerza para impedir más violencia y se vuelve estrategia de protección, apoyo y sororidad.

Orfe Castillo

Crecí en una vecindad de un barrio popular del centro de la ciudad de México; nací como activista en el movimiento urbano popular en lucha por la reconstrucción a raíz del terremoto de 1985, cuyo impacto en términos de la movilización ciudadana fue histórico. Morena, universitaria, feminista, urbana, madre de un adolescente, soltera y jefa de familia, hija de un padre alcohólico anónimo, hermana de una mujer neurodivergente, en duelo perenne por la muerte de un hijo de 4 años y criada en la responsabilidad ética de contribuir al cambio social; son elementos que marcan mi identidad fuertemente, desde ese lugar, ser parte del movimiento feminista en México me ha permitido pensar y hacer un análisis crítico sobre las muchas formas de ser mujer, profundizar en los aportes del feminismo teórico y de su práctica política y en algunos puntos ciegos a los que me aproximo

de a poco y de la mano con mis compañeras indígenas y rurales, sobre todo. Ser madre de un hijo también me ha generado la responsabilidad y urgencia de repensar a los varones y las dicotomías en las que muchas veces encasillamos nuestra comprensión de las relaciones con ellos.

Participar en este proyecto ha sido emocionante y movilizador de reflexiones muy importantes para complejizar y repensar la seguridad, una reflexión que parte de los aportes invaluable de las redes de defensoras en las que he participado y que este momento incorpora una crítica profunda a la lógica patriarcal del amigo-enemigo y la construcción de diálogos y *paces*, indispensables para un análisis más estructural y, ojalá, para una mejor respuesta a los retos de la violencia en nuestra región.

Aura Cabrera

Mujer, mestiza, adulta joven, urbana. Estudié Ciencias Políticas con el fin de tener herramientas que me permitieran entender el conflicto armado colombiano y, sobre todo, comprender las diversas situaciones de violencia que se presentaban en mi ciudad de procedencia, Barrancabermeja, Magdalena Medio, las cuales viví durante gran parte de mi vida. Mis preguntas se basaban en ¿por qué pasa esto?, ¿qué hacen estos grupos armados aquí?, ¿por qué ese señor no me deja salir de mi casa?, ¿por qué se fueron mis vecinos y vecinas?, ¿por qué asesinaron a mi vecino?

Después de mis estudios, mi experiencia me hallado a trabajar en la implementación de políticas públicas y proyectos que, de algún modo u otro, han tenido que ver con temas del conflicto: víctimas, reparación, proceso de reintegración de excombatientes. Sin embargo, no había profundizado sobre qué significa la paz para mí y, mucho menos, de qué manera o cómo se puede construir paz desde mi ser mujer. Por esta razón, mi lugar situado parte desde la curiosidad y desde

unas nuevas preguntas y cuestionamientos que me permitan explorar y entender las acciones que las mujeres desarrollan específicamente para construir paz en Colombia desde sus identidades y diversidad. A su vez, tener herramientas que me permitan aportar a la transformación social y cultural y convertirme en una mujer constructora de paz desde mi cotidianidad.

Este proceso individual me hizo identificar mi punto ciego respecto a la seguridad desde una construcción más amplia y desde la cotidianidad. Pues, la interiorizaba más desde la perspectiva estatal y militar, construida desde el temor y desconfianza. Haber participado en varios procesos sobre seguridad con Ciase me ha enseñado nuevas formas del ser y hacer que aún sigo explorando. Ser parte de Ciase me ha impactado de manera muy profunda y en muchos ámbitos de mi vida. Ahora, entiendo que la paz y su construcción hacen parte de mi cotidianidad, incluyendo mis emociones.

Andrea Marín

Desde mi presente observo mi lugar situado y me reconozco como una mujer, colombiana, mestiza, hija mayor en una familia de clase media-alta, con la posibilidad de elegir mi lugar de vivienda, las personas con quienes la comparto, viajar por gusto, realizar actividades desde la curiosidad, laborar en temas y lugares que me hacen sentido, entre otros, reconociendo estos como privilegios que, en el momento, hace varios años, en el que fui consciente de ellos, me hicieron sentir culpabilidad y rabia de las condiciones de desigualdad que veía entre mi manera de vida y la de los niños y niñas a quienes les compartíamos alimentos y regalos los diciembre antes de navidad. Estas sensaciones continuaron conmigo por un tiempo en el cual me fui encontrando con vivencias, conversaciones, relaciones que me permitieron comprender que más allá de la condición de privilegio se encuentra el quéhago desde el lugar que habito. Así, decidí y decido estar en un ejercicio constante de pensarme, sentirme, crearme en relación conmigo misma y con mis relaciones, con

los lugares que habito, mi cuerpo, mi hogar, mi tierra. Comprendiendo que mis posibilidades y mi poder están en las acciones que tengo en mí, en mi entorno y lo que desde ahí se despliega. En este camino, encontrarme con la posibilidad de acompañar este proyecto desde Ciase me permitió identificar uno de mis puntos ciegos, relacionado con la seguridad, pues mi conexión con este concepto estaba relacionada con la protección, con aquello que está afuera dispuesto para accionarse en el momento de ser requerido, y sí, desde un lugar masculinizado, militarista. Encontrarme con el término de la seguridad feminista me abrió la mirada, la sensación y me permitió reubicarme y darle mucho más sentido al autocuidado, al valor de la red, de la comunidad, de todo aquello que podemos desarrollar y accionar desde nosotras mismas, desde tener y fortalecer prácticas que nos nutran a nosotras y nuestras relaciones en la diversidad que estas puedan abarcar.

Sinayini Ruiz

Soy mujer, feminista y educadora en derechos humanos. Originaria de un pueblo de la Ciudad de México lleno de contrastes, donde coexisten la tradición, la riqueza y la pobreza. Habito en un barrio de clase media, típico de esta gran ciudad donde vivir cerca del metro es un gran privilegio. Soy mestiza, aunque intento conciliar el significado de mestizaje como identidad versus proceso. Busco comprender cada día más los procesos de racialización, incluido el propio. En el laberinto de las identidades lo más relevante para mí es la lesbiandad, la

cual me ha acompañado desde chiquita y ha sido motivo para ser objeto de violencia y discriminación y al mismo tiempo es mi mayor orgullo y fortaleza.

El proyecto ha tenido la generosidad de dejarme entender de manera más profunda la realidad, las necesidades e inquietudes que representa el tema de seguridad y la protección para las activistas, defensoras de derechos humanos, de la tierra y del territorio en mi país.

Diana Gunneivia García Salamanca

Mujer políticamente no binaria en la cotidianidad y la privacidad de la construcción de afectos, blanco-mestiza que ha buscado maneras para deconstruir la inmovilidad que viene con el privilegio de la racialización. Neurodivergente en tensión entre la hipercapacidad y los estados de vulnerabilidad y discapacidad que minan el amor propio, con ese susurro social que asigna a lo diferentes la etiqueta de locura. Urbana que ha tensado sus puntos ciegos llenos de concretos y edificios a raíz de sus crianza en medio de la ruralidad y de un andar por más de 15 años entre territorios atravesados por el conflicto armado. Aunque suene paradójico uno de los puntos ciegos más difíciles de transformar en mí ha sido comprender la experiencia neurotípica, sobre todo en sus ritmos.

La seguridad es vivencia en mi vida, es la posibilidad de transformar y gestionar los miedos que han atravesado, en medio del conflicto armado y las violencias que atraviesan a los cuerpos feminizados, el

cuerpo y la mente. La seguridad ha sido la posibilidad de comprender la manera hegemónica, con sus doctrinas y armas, y las maneras en que la sociedad civil busca y construye la protección para generar puentes y a su vez tensar estas miradas con el feminismo, reconociendo que son narrativas parciales y que necesitamos puentes de largo plazo que amplíen la seguridad más allá de las acciones de protección hacia rutinas de cuidado. La primera fase del proceso me llevó a darme cuenta de que aún la reacción es el principio más frecuente para comprender la seguridad, lo cual evidencia que la seguridad como vivencia en nuestro interiores requiere tiempo para transformarse, a eso se suma el aprendizaje de que la interseccionalidad se ha convertido en una base, cada vez más sólida, para imaginar caminos cotidianos para que la seguridad se convierta en vivencia y no en molde que busca controlar la diferencia.

Identificar nuestros lugares situados implica un viaje a las profundidades de nuestro ser y a la manera en que nos hemos relacionado con nuestro entorno. Debemos, entonces, mirarnos al espejo para vernos reflejadas en otras y otros, en las experiencias que les han atravesado a lo largo de sus vidas, en aquello que desconocemos, que ignoramos o sobre lo cual no tenemos conciencia. Este viaje profundo nos lleva a reconocernos en nuestros puntos ciegos, concepto que será abordado más adelante. Hicimos este ejercicio como parte de los talleres introductorios de formación entre las organizaciones participantes, y estos fueron sus resultados:



También contamos con la participación de facilitadoras territoriales que nos acompañaron en momentos posteriores para la realización de los talleres locales con mujeres en los territorios de Colombia. Algunas de ellas son:

Sandra Sáenz Sotomonte

Estaba subida en un naranjo cogiendo sus frutos y empecé a reflexionar sobre todas las enseñanzas que me dejó este proyecto y las relaciones con lo que nos deja la naturaleza y que hemos olvidado o ignorado. Por ejemplo, para no lastimarme debo ponerme camisa de manga larga (vector autoprotección) y así evitar rayarme la piel con espinas o ramas; para poder alcanzar los frutos me ayudo de una escalera y una caña (vector seguridad, familia, amigos, organización).

A veces nos lanzamos a realizar acciones sin analizar la situación y tener en cuenta los diferentes factores en pro o en contra, en este simple ejercicio de recolectar naranjas, puedo observar que el tronco del árbol se asemeja a mi familia y organización, sus ramas son los diferentes vectores y sus frutos las diferentes personas con las

que me relaciono o acciones realizadas. No todas las ramas son iguales, unas son delgadas y no soportarían el peso de mi cuerpo, otras gruesas y puedo afianzarme con seguridad. Para coger las naranjas debo saber cómo coloco la caña, por dónde cojo la rama para bajar la naranja sin desgarrar la rama, pero a veces sucede, se lastima a alguien sin querer o nos lastiman. Otras veces debo moverme de lugar porque, por más que intento, no logro agarrar la naranja (punto ciego) y cuando me muevo me doy cuenta de que era más fácil desde otra óptica, desde otro lugar.

Así como en la naturaleza, en nuestra vida se presentan todos estos factores: dónde nos ubicamos, cómo nos protegemos, quiénes nos apoyan, qué nos da seguridad y cómo y con quién nos relacionamos para construir procesos y Paz.

Myriam Inés Awad

No me resulta fácil pensar-me, volver sobre mí, hacer-me preguntas. Mi lugar ... ¡desde dónde me paro, vivo, me ubico, me pienso, me siento, actúo! Y sin duda, el primer pensamiento corre a mis raíces, los dos ríos que me dan origen, la herencia que llevo conmigo: mis abuelas y abuelos, mi mamá, mi papá... Y allí, encuentro la fuente de mis emociones y mis convicciones, mi ser compasivo, mi pensamiento libertario. ¡Las abuelas! la una, maestra, la otra, sabia en los poderes curativos de las plantas. ¡Los vuelos! el uno, un rebelde, condenado al exilio por no someterse al dictador. El otro, un hombre sencillo, que en cajitas de cartón enviaba a su nieta y nietos, las cinco tesis de Mao, el poder para qué de Lenin... Esa fuente ha marcado mi camino, mi experiencia ... formadora, educadora, diestra en la palabra,

una mujer que habla desde la razón con el corazón, una mujer que acoge, que abraza, que consiente, una cuidadora... ¿Mi lugar situado? ¡Mis convicciones! ¿Mi lugar seguro? ¡Mis convicciones!

Y claro, puntos ciegos ... muchas preguntas, lo que aún no entiendo, pero siento justo: las luchas de las mujeres negras, de las mujeres indígenas, las nuevas causas de las mujeres, la diversidad, dejarme atravesar por sus luchas mirando en retrospectiva las mías, entender-me y de-construir las barreras internas de mi lugar de privilegio blanco. El esfuerzo diario, cotidiano, por entender los desafíos de la paz. Dejar atrás esa "guerrera interna" que también soy. No me resulta fácil ... pero aquí voy, cada día un poco la primera de-construcción, ¡en mí misma!

María Trinidad Gutiérrez

Soy María Trinidad Gutiérrez Cotamo, soy de Gramalote, Norte de Santander y vivo en Villa de Leyva, Boyacá hace más de 20 años, casada, con un hijo y una mascota perruna. Tengo 50 años, mido 1,55, cabello crespo y hoyuelos en las mejillas. Hago parte de varias asociaciones en el territorio, pues siempre me ha gustado el trabajo comunitario. Hace varios años conocí a Ciase y desde allí empecé una mirada diferente en el

trabajo con las mujeres, en el tema de empoderamiento y seguridad de las mismas y para las mismas. En estos años he aprendido que una de mis misiones es servir como sanadora de otras mujeres, estoy en proceso de aprendizaje y espero poder lograr este objetivo desde mi lugar situado y debo confesar que el taller de seguridad me reafirmó este propósito. Muchas gracias por la oportunidad.

Ingrid Díaz Durango

Poema Entre valles y montañas

Y ahí estaba ELLA, rodeada de montañas, árboles y ríos.

Su inocencia le permitía ver la majestuosidad de la naturaleza, pero sin entender mucho de conflictos, guerras y violencia, solo veía la fortaleza de las mujeres que trabajaban la tierra día a día, sol a sol, con la esperanza de un mañana mejor.

Y ahí estaba ELLA, en un nuevo lugar en un mundo mejor, rodeada de distintas personalidades, de una sociedad en furor, apurada por conseguir una vida mejor, de oportunidades, salud, empleo y educación, al menos eso mencionaban en mi mundo anterior y que terminó siendo mi motivación para lograr mi adaptación.

Y ahí estaba ELLA, entendiendo y tratando de entender ¿por qué en el nuevo mundo tan perfecto, el ser niña, el ser mujer

era de retos, dificultades, violencia y discriminación? y aunque pasó mucho tiempo para encontrar las razones, aún se mantiene en el mismo signo de interrogación.

Y ahí está ELLA, entendiendo que el mundo del que le hablaron nunca existió, y que, por honor, reivindicación y reconocimiento de sus ancestras, matriarcas, tiene por misión forjar un mundo justo y mejor que ayude a sanar tanto dolor.

Y ahí está ELLA, entendiendo que la mejor seguridad que puede tener es teniendo seguridad en sí misma, expresando su potencial, fortaleciendo capacidades, exigiendo cambios, exigiendo derechos, y en sororidad transmitiendo sus experiencias, enseñando a las demás para que manifiesten su divinidad. Y así entiende ella que es la mejor forma de expresar paz, de llegar a la paz, de construir un mundo con una perspectiva desde el lado de la feminidad.

Yidis Liliana Ramos Valencia

Soy del municipio de Riosucio, departamento del Chocó, perteneciente al Consejo Comunitario³ Cocolatu. Para contar mi vida como líder comunitario, lo más esencial son mis hijos que los amo y por ellos lucho cada día, el hecho de ser mujer afro y de haber sufrido todo este flagelo del conflicto armado en nuestros territorios.

Las desigualdades que existen entre compañeros y los demás: es que somos tipos de personas muy diferentes y de allí pensamos diferente, tienen sufrimientos por decirlo así diferentes al mío, algunos sufren violencia física y algunos la podemos recibir psicológica.

Yo he pensado que mi seguridad depende de mí, de cómo me comporto, con quién hablo y dónde hablo. El Cinep ha incidido de una manera positiva porque nos ha enseñado y mostrado cómo comportarnos y enseñarles a las comunidades a hacerlo,

y nos ha mostrado el camino a esta construcción de paz en nuestro territorio. En mi vida he conocido a unas excelentes personas y de ellas he obtenido un apoyo que me emociona. Son guardianes de lo bueno y ayudan mucho en los procesos que llevamos cada día en nuestro bello Consejo. Ellos se llaman Cinep/PPP y les digo que los quiero porque por medio de ellos fui a conocer México. Gracias por su compañía en el proceso comunitario. Dios bendiga sus días para que nos sigan acompañando. El Consejo Cocolatu les debe mucho a ustedes. Les tenemos gratitud y decirles que se les quiere.

En suma, quisimos expresar, también desde la escritura, las diferencias que nos acogen en medio de nuestros diversos lugares situados desde los cuales concebimos, enfrentamos y construimos el mundo.

³Los Consejos Comunitarios son formas de asociación de las comunidades negras legalmente reconocidas por el Estado colombiano.

2.2. Principales tensiones: ¿la seguridad desde una perspectiva feminista?

El primer momento consistió en diez talleres en los que las integrantes de las organizaciones participantes en el proyecto nos reunimos para tensionar nuestros saberes sobre los enfoques de seguridad y protección, y abordar los procesos de diálogo y mediación desde una perspectiva feminista, situada e interseccional. Esta fue la propuesta inicial que se planteó en la formulación del proyecto, que poco a poco se fue nutriendo con las discusiones que nuestros saberes y haceres fueron encontrando.

De las cinco organizaciones que hacemos parte del proyecto, dos de ellas se reconocen como feministas, Ciase y Jass. Por otra parte, Serapaz, Cinep/PPP e ICIP trabajan para la construcción de paz(ces), desde la transformación positiva de conflictos, la educación popular, y la investigación y divulgación de conocimiento, respectivamente. En consecuencia, sus aproximaciones a la seguridad se dan desde orillas diferentes. Al inicio, no partimos de los mismos conceptos y aprendizajes. Sin embargo, fuimos tejiendo caminos que nos permitieron avanzar en junta. Conversamos alrededor de cuatro ejes temáticos que vamos a ir presentando a lo largo de este capítulo.

2.2.1. Epistemología feminista: de lugares situados, puntos ciegos y vivencias interseccionales

La entrada desde los múltiples feminismos nos permite hacer lecturas complejas de las realidades que nos atraviesan. En términos de seguridad, ello es esencial para des-binarizar la concepción que hemos aprendido de la seguridad como la que ofrecen las cámaras, las rejas y los hombres armados en las puertas que nos protegen del “enemigo”.

Desde la epistemología feminista, partimos de unas reflexiones base que orientan nuestra plataforma de pensamiento y acción. Reconocemos la existencia de las voces, las propuestas y la capacidad de agencia de las mujeres para construir otras formas de relacionarnos y entendernos con el mundo. En sociedades que han operado bajo paradigmas civilizatorios patriarcales, hemos develado las relaciones de poder que se ciernen sobre todas las relaciones humanas, en especial, entre hombres y mujeres, comprendiendo la manera en que el género ha moldeado nuestras visiones del mundo y la manera de construir políticas de seguridad que han marcado nuestras vivencias sobre cómo y cuándo, y en qué contextos y situaciones nos podemos sentir o no seguras.

Sin embargo, en tanto el género es una construcción sociocultural en una época determinada, a través de los feminismos pretendemos deconstruir aquellos mandatos, arreglos y roles que el género ha impuesto sobre los cuerpos y las mentes de las mujeres y subjetividades diversas. Se nos ha doblegado con discursos, se han dispuestos los lugares que debemos ocupar, así como lo que se espera debemos

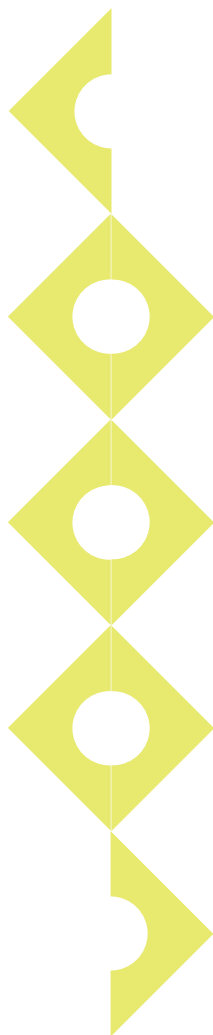
hacer. Frente a ello, nos proponemos transformar nuestras realidades al generar acciones que nos permitan movernos hacia los lugares en los que deseamos estar y las formas en que queremos ser.

Nuestro enfoque desde la epistemología feminista puso el centro del proceso en el eje o vector de *ser mujeres*, es decir, en nuestra identidad de género, vislumbrando las aristas de su complejidad. De los aprendizajes que tuvimos, hay dos grandes líneas orientadoras:

En primer lugar, una de las herramientas teórico-prácticas que encontramos más efectivas y apropiadas para transitar en las sensibilidades de nuestras vivencias fue el *lugar situado*. Este concepto desarrollado por Donna Haraway (1995) se ha transformado en una metodología que nos ayuda a evidenciar nuestros *puntos ciegos*, aquellas experiencias que no vemos porque no las vivimos directamente, pero que sí podemos comprender desde la intuición y la empatía.

Al situar nuestros lugares en el mundo, navegamos por los *vectores* o *ejes de discriminación* (como los denomina Jass) con los cuales caminamos sendas de privilegio, subalternidad o no-lugares. El concepto de vectores se refiere a las experiencias que atraviesan las personas que hacen parte de determinados grupos sociales y que las definen como *otredad* frente a la norma socialmente construida. Conversar sobre los vectores que atraviesan nuestras experiencias de vida nos ayuda a evidenciar nuestros puntos ciegos. Este concepto, desarrollado por Julia Serano (2007), señala que las vivencias que no hacen parte de la realidad que enfrentamos en la cotidianidad son, generalmente, ignoradas y excluidas. En consecuencia, es como si se tuviera un velo que no nos permite tener conciencia sobre las experiencias de vida y las violencias que sufren otras personas. En este sentido, la *perspectiva interseccional* que se centra en la diferencia la resalta y la hace explícita para comunicar cómo esos lugares desde los cuales leemos el mundo nos ubican en vivencias diferenciadas. Por consiguiente, a partir de nuestros lugares situados y sus correspondientes puntos ciegos, construimos nuestras aproximaciones a la seguridad.

La perspectiva interseccional fue desarrollada por Kimberle Crenshaw (1989), abogada feminista negra estadounidense, para mostrar, inicialmente, cómo las políticas antidiscriminatorias no tenían en cuenta las experiencias de opresión padecidas por los grupos objeto de dicha discriminación. La autora distingue tres dimensiones en las que opera la interseccionalidad: institucional, política y representativa. La interseccionalidad institucional se refiere a que las condiciones sociales y jurídicas de la estructura social están construidas sobre la base de la permanencia de la subordinación de un grupo social determinado, en este caso, de las mujeres negras en particular. La interseccionalidad política remite al choque de diferentes agendas políticas reivindicativas de grupos “minoritarios” que conflictúan entre sí. Y, por último, la interseccionalidad representativa hace referencia a las representaciones sociales que se construyen sobre un grupo



social desde narrativas racializadas y ligadas a mandatos y roles de género. Iris Marion Young (2000) lo denomina imperialismo cultural, pues las imágenes y discursos de ese grupo social se cimientan sobre los prejuicios y estereotipos. Otras autoras, como Leslie McCall (2005), aportan a la discusión al mostrar la interseccionalidad como un enfoque metodológico diverso que muestra las distintas formas de analizar y aprehender la realidad social (Sales, 2017).

En las conversaciones que sostuvimos encontramos que, como parte de la experiencia de reflejar nuestros puntos ciegos, algunos vectores nos resultaban ajenos o confusos. Los conceptos de raza/racialización/colorismo eran desconocidos para algunas personas, incluso les era incómodo usar términos como “raza”. Nuestros contextos latinoamericanos tienen una riqueza multicultural compleja con una historia de matriz colonial muy violenta que desconocemos o que no reconocemos como efecto del proceso de dominación vivido —y resistido—.

La invitación que nos hace la perspectiva interseccional es a adentrarnos en las posibilidades de conocer las identidades como una de las categorías que se disponen como *marcas de diferencia* sobre nuestros cuerpos y determinan los espacios que podemos transitar —en términos de posibilidades de exigibilidad de derechos—, por las valoraciones que hace la sociedad sobre ciertos grupos sociales. Sin duda, implica una aventura en la que en muchas ocasiones no nos sentiremos cómod*s, que cuestionará nuestros lugares de privilegio, nuestros recorridos por lugares de subalternidad al recibir altas cargas de violencia, e incluso nos permitirá percatarnos de si hemos caminado por lugares de invisibilidad.

Por otra parte, dialogamos sobre la imperiosa necesidad de lo que Ciase denomina el *hacer intergeneracional*. El vector de la edad, con el que tenemos tantas luchas a medida que vamos dando pasos por nuestros ciclos vitales, develó los conflictos que tenemos para encontrar puntos de encuentro entre generaciones más adultas y generaciones jóvenes. Esta distancia ha sido potenciada por la brecha digital que se ha impuesto gracias al avance surreal de la tecnología. Fue muy interesante escuchar la manera en que algunas compañeras expresaban su preocupación —e incluso frustración— frente a la profunda desconexión que sienten con las personas jóvenes.

Asimismo, fue impactante escuchar que incluso personas adultas jóvenes sentían un gran distanciamiento de sus familiares adolescentes. Por lo tanto, la necesidad de promover diálogos intergeneracionales para generar lazos de comprensión entre sus cosmovisiones, haceres y saberes fue surgiendo con fuerza a lo largo de las actividades del proyecto que se iban implementando. Fue clave, por ejemplo, para el diseño e implementación de los talleres con aliadas locales en los territorios, como lo veremos más adelante.

Los anteriores ejemplos evidencian que al hablar concienzudamente de lo que desconocemos, omitimos e ignoramos podemos comprender las experiencias de otr*s a pesar de que no sean situaciones que se

presenten en nuestras propias vidas. Al viajar a los lugares situados de l*s demás, evitamos normalizar la discriminación y reflexionamos sobre nuestros lugares de privilegio.

En segundo lugar, la epistemología feminista nos invita a cuestionar la homogeneidad del saber y de los procesos de aprendizaje centrados de manera exclusiva en la racionalidad. Poner un acento tan marcado en la cognición nos impide experimentar un gran abanico de posibilidades para aprender a través de la exploración de los sentidos y el manejo de las emociones y los sentimientos. No se propone, entonces, crear dualismos que se entiendan como polos opuestos, sino más bien abrazar la complejidad que abarca las diferentes formas de aprendizaje. En este sentido, el reconocimiento de nuestras subjetividades en la construcción de las maneras en que actuamos, en nuestras formas de pensamiento y en lo que expresamos públicamente hace parte de una objetividad fuerte (Jackson, 2006) que, desde una mirada feminista, no se desliga del otr* —en este caso, de su “objeto” de conocimiento— sino que expone su cercanía para avanzar hacia diálogos intersubjetivos. Le apostamos a la construcción relacional del saber.

Por ello insistimos en la importancia de trabajar en los *lenguajes paralelos*, de explorar nuestros sentidos, de hacer presentes nuestras emociones y abrigar los sentimientos. Uno de los aprendizajes inmediatos de los encuentros fue dedicar tiempo a realizar ejercicios corporales que nos permitieran hacer conciencia del momento que estábamos viviendo. De esta forma, declaramos que *“el trabajo con el cuerpo ha sido un hito en la práctica feminista”* (Castillo, 2020), porque muchas de las violencias que como mujeres hemos vivido se han marcado en nuestros cuerpos volviéndolos adoloridos, acongojados, enojados. Las mujeres han puesto su cuerpo físico para resistir y defender sus comunidades, y ahora —en el contexto de pandemia— también han puesto su “cuerpo digital” (Rodríguez, 2020).

Trabajar con nuestros cuerpos prioriza nuestro *autocuidado* y el *cuidado colectivo*, conceptos fundamentales de la epistemología feminista. Reivindicamos su importancia trascendental para comprender la seguridad que se teje en el día a día. Dedicar tiempo para cuidarnos y mimarnos nos ubica en una dimensión personal de la seguridad como punto de partida. Como veremos en los próximos capítulos, el autocuidado se convierte en un elemento “infaltable” para nuestro quehacer cotidiano, así como para nuestros saberes y acciones a nivel profesional en el trabajo con las comunidades en seguridad y construcción de *paces*. Concluimos, por consiguiente, que la capacidad de estar atent*s del cuidado de aquell*s con quienes trabajamos debe ser una habilidad esencial de quienes facilitamos espacios de reflexión y acción sobre seguridad.



2.2.2. Metodología

Nos propusimos abordar el proyecto a partir de una metodología de investigación acción participativa con enfoque feminista interseccional, capaz de generar aproximaciones novedosas a la seguridad/protección y la construcción de *paces* desde nuestros lugares situados y los de las mujeres que compartieron con nosotras en este diálogo de saberes y haceres. A partir de métodos cualitativos de la investigación social, se planearon e implementaron talleres en modalidad completamente virtual y semipresencial en los que se exploró la etnografía virtual de Aguirre y Ruiz (2015). Debido a las condiciones de aislamiento o distanciamiento social a las que nos ha abocado la pandemia del Covid-19, las interacciones por medios virtuales se han vuelto, cada vez más, el lugar común de encuentro. En consecuencia, se priorizaron los encuentros virtuales en aras del cuidado, explorando herramientas pedagógicas a través de plataformas virtuales que nos permitieran comunicarnos de manera asertiva.

Por medio del uso de técnicas como la entrevista semiestructurada y los diálogos emergentes en nuestros encuentros, logramos registrar información valiosa para el seguimiento del proceso a través de matrices de recolección de información y del uso de relatorías que no solo dieron cuenta de los temas tratados, sino que tuvieron en cuenta los elementos emocionales que mediaron entre quienes estuvimos presentes a lo largo de las diferentes actividades. Tuvimos cuatro entrevistas a integrantes de las organizaciones participantes, así como la contribución de representantes de los diversos grupos de mujeres con los que trabajamos en los talleres locales en los territorios en México y Colombia, generando espacios de confianza que nos permitieron escucharnos, validar nuestras experiencias, acoger los miedos y plantear caminos de esperanza, en la puesta en común que tuvimos al final del proceso en el Seminario de Consolidación.

2.2.3. Herramientas utilizadas

Para la planeación de los encuentros con las mujeres de las comunidades en Colombia y México, las organizaciones participantes tuvimos un espacio en el que compartimos las metodologías, ejercicios y actividades que realizamos en nuestro trabajo en la sociedad civil. Nos fuimos preguntando cuáles son las herramientas que tenemos o podemos desarrollar para trabajar en seguridad y protección desde una perspectiva feminista. El propósito fue conocer qué herramientas tenemos que nos permiten aterrizar el discurso feminista en la práctica. Estas actividades nos indicaron una hoja de ruta que se materializó en una Caja de Herramientas que recoge nuestros abordajes metodológicos en ejercicios concretos. A continuación, mencionamos algunos de ellos:

Ciase

- **Relatoría codificada de la otredad.** Permite observar y sentir la dinámica del ambiente de los espacios en los cuales trabajamos

más allá de la descripción de los hechos que ocurren, teniendo en cuenta las emociones que circundan entre l*s participantes, la receptividad que tienen, etc. Con la información registrada se evalúan las respuestas que tienen nuestras propuestas de seguridad, en el marco de las condiciones interseccionales que permiten o no la aceptación de recomendaciones o propuestas de terceros.

- **Sistematización de la queja.** La queja ha funcionado como un espacio catártico en el que la gente se permite compartir sus preocupaciones y quizás también sus frustraciones frente a las realidades que viven. Sin embargo, cuando no se moviliza hacia la búsqueda de soluciones, nos lleva a desencontrarnos, pues no procura el entendimiento colectivo. En consecuencia, se han creado metodologías en las que se busca descomponer los diferentes elementos que componen la queja para construir recomendaciones situadas para el trabajo sobre seguridad con las comunidades.
- **Diagnóstico vectorial del riesgo.** Leer las diferentes realidades que interactúan en los territorios requiere que podamos identificar aquellos vectores o ejes que priman, sin perder de vista o restarle importancia a otros secundarios que también influyen en las posibles dinámicas del conflicto y que ponen a las poblaciones en diferentes riesgos. En cada contexto podemos encontrar vectores que serán el centro de análisis y otros vectores que gravitan alrededor de dichos puntos centrales de expresión de la conflictividad. Este diagnóstico escalado resulta esencial para evitar pasar de largo por aquellos potenciales riesgos implícitos que han sido normalizados y, por lo tanto, invisibilizados en las comunidades. En este sentido, nos permite ver que los lugares de riesgo —y de victimización— no son únicos ni inamovibles.
- **Mesas de diálogo con integrantes de la Fuerza Pública en Colombia.** A pesar de que, en este proyecto, se partió del desconocimiento y el prejuicio, se logró transformar las visiones que se tenían sobre estos cuerpos de seguridad estatales promoviendo el mutuo reconocimiento entre est*s y las comunidades.

Jass

- **La casa de las múltiples opresiones.** Junto con Serapaz, crearon esta metodología que consiste en identificar los mandatos que la sociedad da a mujeres y hombres en diferentes espacios institucionales como la casa, la familia, la escuela o la iglesia. Con una lona que sostenía las columnas de la casa, representaron la opresión que los mandatos establecen en las vidas de hombres y mujeres.

Serapaz

- **La flor.** La flor muestra en sus pétalos los factores a considerar para hacer un análisis de seguridad que reconozca e integre las condiciones que como personas y colectivos poseemos, pero sobre todo permite ubicar las opresiones que nos ponen en riesgo frente a quien quiere hacernos daño. Se dibuja una flor, en el centro se coloca el nombre de la defensora y en cada pétalo se van identificando vectores de la interseccionalidad que tienen un impacto tanto en el tipo de riesgos que afrontamos como en las formas de violencia, las reacciones, las acciones ante amenazas y los agresores detrás de ellas.
- **Narrar un mismo caso en historias de mujeres y de hombres.** Se trata de relatar un mismo caso, con los mismos hechos, pero vividos por un hombre y por una mujer. El objetivo es analizar y comprender las vivencias diferenciales que un hecho determinado tiene desde nuestros lugares como hombres o mujeres. Con este ejercicio comprendemos cómo las construcciones binarias de roles de género tienen impactos distintos en vivencias similares.
- **La milpa.** Es un sistema agrícola tradicional de México, en el que convergen diversas especies de cultivos. Su especie principal es el maíz y se caracteriza por generar armonía entre las diferentes especies creando un ambiente ecológico en el que, de manera complementaria, se aprovechan los diferentes recursos que la componen. Se dibuja el maíz, la calabaza, los frijoles y el chile, como símbolos importantes en las interacciones cotidianas de las poblaciones indígenas mexicanas. Se trata de identificar cómo el riesgo cambia de acuerdo con los componentes/vectores específicos analizando cómo en el entorno pueden existir riesgos que condicionan o afectan el crecimiento de la milpa. Luego, se identifica que a pesar de que el maíz crezca, hay que determinar qué puede condicionar el tamaño de las mazorcas que esa planta de maíz dé. Es allí donde se integran los componentes o vectores, como la edad, el nivel sociocultural, la educación, el contexto donde se encuentran las defensoras, etc. Finalmente, se identifican en ella las oportunidades, capacidades, amenazas y vulnerabilidades que pueda tener la milpa para permitir que siga creciendo y dé maíz; se invita a que así se observen a sí mism*s como parte del proceso organizativo, lo que les ayuda a enfrentar el riesgo y a reconocer lo que les vulnera. De esa manera pueden ir gestionando su propia protección y seguridad. A través de esta actividad podemos ver cómo los símbolos no son abordados de igual manera en todos los contextos. Para el trabajo en seguridad y construcción de *paces*, debemos recurrir a simbologías que sean significativas para la vida de la gente, que hagan parte de su cotidianidad, con los que puedan conectar sus experiencias sobre seguridad/inseguridad y sus necesidades en materia de protección.

ICIP

- **C.U.R.A.** De *cuidado* en catalán. Inspiradas en el feminismo, en ICIP han generado una reflexión profunda sobre los niveles de escalamiento de los conflictos suscitados en el marco de las revueltas por la reivindicación del independentismo catalán. Desarrollaron un acrónimo —que luego fue convertido en actividad para la Caja de Herramientas— para salir de la lógica de la binariedad identificando las formas en las que el conflicto se percibe por personas diferentes. C.U.R.A significa:

CUriosidad, por las opiniones divergentes

Respeto a todas las personas independientemente de sus opiniones y

Autocrítica, porque nadie tiene la razón absoluta.

Estas son las tres condiciones fundamentales para promover el diálogo.

Cinep / PPP

- **Diálogos entre comunidades culturalmente diversas.** El ideal de paridad en la participación ha sido uno de los ejes que han guiado procesos de diálogo, negociación y mediación con mujeres. En un ejercicio realizado en Florida, Valle del Cauca, en el suroccidente de Colombia, en conjunto con Ciase, generaron espacios de encuentro y entendimiento entre mujeres de comunidades indígenas y campesinas. Primero, lograron que cada grupo conversara entre sí y, luego, pudiera llevar esa conversación hacia las demás mujeres. También se logró incluir grupos de hombres. Este ejercicio nos lleva a pensar ejercicios que jueguen con diversos vectores para construir espacios en los que, en este caso, las mujeres, logren sentirse en confianza a través de las experiencias compartidas.

Estas actividades contribuyeron a que pudiéramos conocer parte del trabajo que las organizaciones realizamos en torno a seguridad, protección y construcción de *paces* con las comunidades en sus territorios en Colombia, México y Cataluña; asimismo, a distinguir nuestras aproximaciones, los desafíos que enfrentamos, las reflexiones que hemos tenido al tensar nuestras concepciones, saberes y al poner a prueba nuestras metodologías.

2.3. Conversaciones difíciles sobre nuestras concepciones de la seguridad: ¿cómo construimos paces a través de la seguridad y la protección?

La seguridad es el tema clave que nos convoca a asumir estos encuentros que nos permiten reflexionar sobre las formas en que, en América Latina, hemos concebido la violencia y la manera en que se han

aproximado las ideas y las acciones en seguridad. Tuvimos una sesión dedicada exclusivamente a conversar sobre seguridad y protección, y su relación con la construcción de *paces*.

2.3.1. Visiones sobre la seguridad/protección

Serapaz

Seguridad es el conjunto de las medidas enfocadas a resguardar la integridad física o psicológica de l*s integrantes de una colectividad, que las personas defensoras desarrollan e implementan para sí mismas. Por otra parte, la *protección* es el conjunto de actividades que desarrolla una organización o grupo para garantizar la seguridad de otras personas y de las organizaciones con las que trabajan. Como organización, nos acogemos a la definición de Peace Brigades International: “entendemos por protección el conjunto de actividades que desarrolla una organización de derechos humanos para garantizar la seguridad de otras personas defensoras y organizaciones con las cuales trabajan, mientras que con el de seguridad nos referimos a todas las medidas y estrategias enfocadas en resguardar la integridad física o psicológica de sus integrantes y que las mismas personas defensoras desarrollan e implementan hacia sí mismas”. Como institución vemos la seguridad como un proceso.

Cinep/PPP

La *seguridad* es el conjunto de respuestas frente a riesgos de diversa índole, frente al conflicto armado, a los conflictos sociales, etc., de cara a la multiplicidad de factores de riesgos existentes con variables diferenciadas.

ICIP

La *seguridad* es la gestión de la vulnerabilidad proveída desde tres vertientes: desde el *antimilitarismo*, la *no-violencia* y la *sanación*. Se deben generar opciones para que las comunidades desarrollen capacidades para actuar en favor de su propia seguridad y la de su entorno.

Jass

Es fundamental trabajar desde la *seguridad humana* para recuperar los ámbitos de la vida de las personas que se han visto afectadas por las políticas de seguridad que solo la conciben como la que se posibilita a través de la vigilancia de las cámaras, las rejas y las armas; incluyendo los aspectos personal, comunitario y medio ambiental, y las amenazas que no están relacionadas directamente con violencia explícita, sino con el hambre, las enfermedades, y, por supuesto, la represión. Se hace imperioso, además, reconocer el androcentrismo que carcome los abordajes de seguridad y protección de una manera muy agresiva contra las mujeres y las subjetividades diversas. Es necesario aproximar la seguridad desde los análisis de género. Por último, recordar la centralidad del valor del cuidado en la protección.

Ciase

La *seguridad feminista* es la posibilidad de ser que se construye en el día a día. En esta concepción de seguridad la persona es tanto receptora como agenciadora y el Estado es garante de derechos. La seguridad feminista, además, entiende que existen dimensiones interrelacionadas que operan en diferentes niveles de la vida. La seguridad feminista considera que *lo local* es el lugar desde el cual hay que trabajar la seguridad en conversación constante con *lo global* y permite cuestionar las nociones de seguridad impuestas, como, por ejemplo, la seguridad del Estado. Ciase le apuesta a una redefinición de la seguridad ingresando a una discusión global.

Encuentros

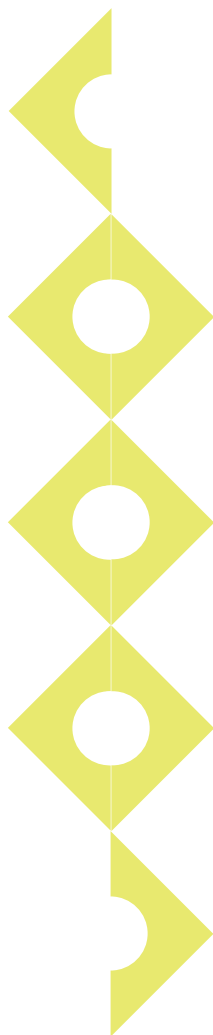
Tanto Serapaz como Jass, en México y el ICIP, en Cataluña, coinciden en ver en la seguridad humana una oportunidad para ampliar la noción de seguridad, al complejizar la manera de entender los riesgos, de comprender las vivencias diferenciadas de seguridad y de definir las estrategias de intervención en la materia. Cinep/PPP hace hincapié en acoger la pluralidad de riesgos que envuelven las complejas realidades que vivimos en América Latina.

Desencuentros

Cada organización tiene concepciones distintas de lo que entiende por seguridad. Los abordajes de Serapaz y Jass se hacen desde la protección comunitaria, la autoprotección y la exigencia al Estado de proteger a las defensoras. Trabajar la seguridad con una mirada feminista ha sido un enfoque nuevo en Serapaz, lo cual está muy relacionado con su ámbito de trabajo hacia la construcción de *paces* desde la transformación positiva de los conflictos. Jass, por su parte, vio en los talleres la posibilidad de ver que la aproximación desde la cual realizan su trabajo con defensoras en México parte de la protección y no desde la seguridad, conceptos que son diferentes.

Aprendizajes comunes

Ciase aportó a la discusión que la seguridad humana es una mirada compartida entre las organizaciones participantes, que, sin embargo, se asume desde la apertura de la transformación de su ideal de un mundo libre de miedo y una cotidianidad en la que tengamos herramientas para gestionar el miedo en nuestras vidas. Se propone, entonces, explorar la triada seguridad-protección-cuidado, acogiendo los nuevos lugares en los que los feminismos nos invitan a caminar. Serapaz y Jass hicieron una reflexión muy importante sobre lo que denominaron la “exaltación” o “romantización” del riesgo. Las dinámicas que están presentes en el trabajo en seguridad y protección tienden a resaltar personalidades casi premiándolas por el número de amenazas que le lleguen a su puerta. Este nivel de visibilidad individual pone en peligro los procesos colectivos, genera divisiones y, finalmente,



termina poniendo en mayor riesgo a las comunidades. Por otra parte, Ciase señaló que las mujeres podemos ser ejemplos de rutas innovadoras para la seguridad que agencien nuevas construcciones de *paces* que evidencien que los actores de la construcción de *paces*, somos, en gran medida, la sociedad civil.

2.3.2 De seguridad a seguridades: dimensiones de la(s) seguridad(es)

Al largodelasesiones, fuimos complejizando nuestras interlocuciones sobre seguridad. Profundizamos en los elementos que componían nuestras nociones de seguridad y la seguridad entendida como protección. Entendimos que la seguridad se expresa en diferentes dimensiones de la vida humana y en distintos niveles, en los que no solamente caben las lógicas de la vigilancia, de la supuesta seguridad que provee el que empuña un arma. Empezamos a desgranar cada uno de esos componentes a través de una herramienta desarrollada por Ciase llamada el “automonitoreo de las seguridades”. El ejercicio nace de los procesos en los que, en su trabajo en los territorios de Colombia, se han preguntado cómo las mujeres desde sus lugares situados comprenden y viven la seguridad. Es un ejercicio personal y reflexivo que invita a pensar cómo vivenciamos la seguridad en nuestra vida diaria. También es un intento por avanzar en uno de los objetivos de la epistemología feminista que es *teorizar haciendo*, de que las realidades vayan moldeando las formas en que explicamos el mundo que nos rodea; sobre todo, en un sector cuyos discursos, conocimientos y haceres han sido edificados a partir de una visión masculinizada del mundo, en el que las voces de las mujeres no han sido escuchadas y sus aportes a la seguridad han sido invisibilizados.

Con este propósito por delante, desarrollamos la actividad que consiste en ubicar los factores de riesgo, protección y cuidado con los que contamos en los niveles micro (personal), meso (familiar y comunitario) y macro (societal, incluyendo el mundo virtual) de nuestras vidas, a partir de las definiciones de las diversas dimensiones de la seguridad: física, política, económica, espiritual y cognitivo-emocional.

¿Cómo monitoreamos nuestra propia seguridad? fue la primera pregunta que nos hicimos. La facilitadora de Ciase nos fue dando un recorrido guiado por la herramienta, que requiere tener claridad conceptual para desarrollarla. Con ayuda de un PDF interactivo, empezamos así:

- **¿Qué es monitorear?** Es observar lo que ocurre en una circunstancia o situación determinada.
- **¿Cómo automonitoreamos la seguridad?** Reconociendo lo que nos alerta, lo que produce miedo, pero a la vez lo que puede generar cuidado y protección, por medio de una herramienta que tiene como finalidad individualizar la vivencia de la seguridad. Identificamos factores de riesgo, de protección y de cuidado. Con ello podemos situar la experiencia de la cotidianidad. Podemos

tener factores de riesgo, cuidado o protección que son internos, o factores de riesgo, cuidado o protección que son externos.

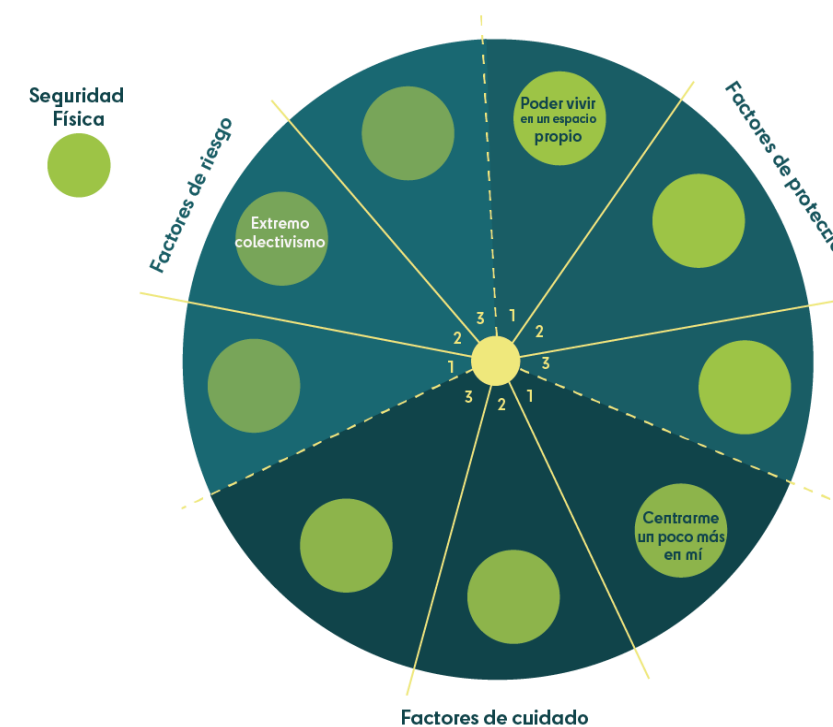
Los **factores de riesgo** son aquellos fenómenos que imposibilitan las libertades en el marco de un Estado de derecho y el sentirnos segur*s, tranquil*s, seren*s y con confianza en nuestros entornos próximos y lejanos. Los hemos diferenciado como: inminentes, de corto plazo, de mediano plazo y de largo plazo.

Los **factores de protección** son aquellas acciones que generan una barrera ante los riesgos inminentes y de corto plazo. Nosotras dividimos, por un lado, la protección y, por otro, las barreras, que habitualmente son externas.

Los **factores de cuidado** son estas cosas que hacemos cotidianamente, que son diarias, que hacen parte de cosas que tenemos que hacer para garantizar la vivencia, la existencia y la seguridad, y el sentirnos a salvo y segur*.

Lo **micro** es lo personal, *yo con yo misma* es un poco la definición; lo **meso** es *yo con mis relaciones cercanas*, con quienes tengo una relación directa, que son mi familia, con quien yo vivo, pero también mis vecinos, la comunidad de la que hago parte, mi entorno laboral; y lo **macro** hace parte, en general, de la sociedad ampliada. Incluye lo político y también el entorno virtual.

A partir de las anteriores claridades, fuimos escalando uno a uno los peldaños de las dimensiones de la seguridad. La sesión consistió en ir explicando cada una de estas dimensiones y luego tod*s trabajamos para encontrar nuestros factores de riesgo, protección y cuidado respecto a la dimensión de la seguridad que se abordaba. Estas dimensiones se fueron definiendo por parte de la facilitadora, quien explicó cada uno de sus componentes:



Tipos de seguridades:

La **seguridad física**. Es la seguridad relacionada con el cuerpo, los bienes materiales y el entorno vivo. Es decir, con todo esto que es físico, que está vinculado con nosotr*s.

Sus componentes son:

- Estar viv*s y tener buenas condiciones de salud.
- Tener una alimentación suficiente y balanceada.
- Tener un lugar físico en el que me sienta segur*.
- Tener los bienes materiales que he adquirido y poder mantenerlos el tiempo que yo decida, de la forma que yo decida.
- Tener la garantía de la seguridad física por parte del Estado (hospitales, sector seguridad).

La **seguridad política** es la seguridad relacionada con el ejercicio de la ciudadanía, del ser sujet*s polític*s.

Sus componentes son:

- Que l*s funcionari*s públicos cumplan con su deber.
- La posibilidad de poder decir mi opinión política sin que ponga en riesgo ninguna de mis otras seguridades.
- Las reglas de juego deben ser claras y conocidas por todos y todas para garantizar la forma de estructura del Estado y de la relación política que tenemos.
- Tener la libertad de asociarse con fines políticos que no solo son partidistas sino del ejercicio de los derechos de nuestros grupos poblacionales, de nuestras identidades, de nuestras búsquedas y luchas.
- Puedo tener una posición política autónoma y expresarme libremente y mi entorno cultural, social, comunitario, educativo debe garantizarse.

La **seguridad económica** es la seguridad relacionada con los recursos personales y colectivos.

Sus componentes son:

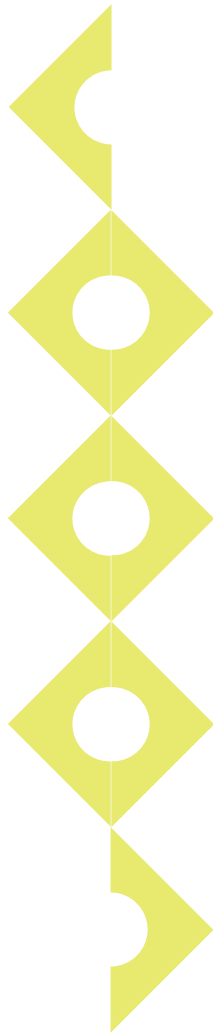
- Tener los ingresos y recursos suficientes para tener bienestar, que yo pueda garantizar la subsistencia de múltiples maneras.
- Que los distintos actores (Estado, comunidad, empresas, familias, asociaciones...) aporten al bienestar colectivo en la sociedad desde su capacidad de recursos, que esto se reconozca. Está ligado con la importancia de pagar impuestos.
- Que las reglas de juego económicas no cambien todo el tiempo. Saber qué puedo hacer yo hacia el futuro con mi sueldo y mi tiempo. Proyectar mi bienestar económico. Estabilidad laboral.
- Tener la autonomía para usar mis recursos. Tiene que ver con el reconocimiento económico de las labores domésticas y otros trabajos de cuidados a nivel comunitario.
- Garantizar que las generaciones futuras tengan condiciones de vida digna, pero también que pueda tener una vejez digna por lo que he trabajado durante mi vida. La autonomía siempre es una relación de tensión que debe garantizar poner límites.

La **seguridad espiritual** son las prácticas que nos permiten conexión con seres superiores y búsquedas trascendentales. La espiritual es una decisión profunda personal. Hemos identificado estos componentes que hacen parte de la espiritualidad más que de la religiosidad, que está ligado con la decisión de hacer parte de una religión:

- Que pueda expresar libremente mi espiritualidad sin que me ponga en riesgo, sin ser estigmatizada ni agredida por otras personas.
- Que pueda decidir y construir mi espiritualidad autónomamente, sin que me sea impuesta y que mi entorno social y cultural la respete. Decidir autónomamente cuales son las prácticas espirituales que son más acordes a mí.
- Que haya integridad y seguridad en los lugares a donde yo voy a realizar mis prácticas espirituales. Que los lugares sagrados sean protegidos integralmente. Es decir, en términos constitucionales, legales y, también, comunitarios, sin importar el credo.
- Que haya transparencia de las estructuras religiosas. Que los líderes y lideresas espirituales sean coherentes con la práctica espiritual. Tiene también que ver con prevenir y encontrar formas de sanción y expulsión de las personas que van en contra de esa colectividad. Hemos visto que en todos los credos hay personas que hacen cosas que van en contra de la colectividad, porque son corruptas, y consideramos que eso es un riesgo para la seguridad espiritual.
- Que haya condiciones (materiales y de posibilidades de tiempo) para poder hacer protección espiritual en caso de necesitarlo.

La **seguridad cognitivo-emocional** es la seguridad relacionada con los sentimientos, pensamientos y emociones que habitamos.

- Tener un entorno social (contexto) que me permita expresar mis sentimientos, pensamientos y emociones de forma tranquila (no censura a la emocionalidad o a ciertas emociones o sentimientos).
- Tener integridad emocional y en el pensamiento, que ninguna persona del entorno social cercano, un actor social o estatal me haga daño emocional (el daño no es sentir emociones que no son "chéveres", es la afectación a mediano o largo plazo de las personas en su capacidad de tener estrategias de afrontamiento asertivas) o cause daños a mis estructuras de pensamiento que me impidan la interacción social.
- Que el Estado cumpla con la garantía de mi protección emocional y cognitiva. Es decir, que el Estado tenga todos los mecanismos necesarios y suficientes para que yo pueda tener una educación emocional segura.
- Tener la capacidad y posibilidad de construir estrategias autónomas para monitorear y gestionar mis propias emociones y pensamientos (arte, costura, música, tener a alguien con quien conversar, etc) y que el entorno en el que vivo me pueda ayudar a potenciar estas estrategias, que no se me impongan otras estrategias.




presencialmente a lo largo de varias sesiones. Por lo general, cuando se ha implementado ha requerido el acompañamiento permanente de las facilitadoras para que l*s participantes puedan tramitar las emociones que les evoca pensar en lo que significa su propia seguridad. Debido al corto tiempo que tuvimos disponible, fuimos pasando por cada una de las dimensiones rápidamente y no hubo posibilidad de profundizar en ellas.

En los espacios que pudimos conversar, algunas de nosotras encontramos dificultades para poder ubicar nuestros factores de riesgo y poder diferenciar los factores de protección de los factores de cuidado. Por ejemplo, una de las participantes nos compartió que le parecía muy complejo poder identificar en su vida factores de protección o de cuidado, pero, que sí pudo encontrar fácilmente factores de riesgo. Esta reflexión llamó la atención sobre el hecho de que no somos conscientes de lo que hacemos o podemos llegar a hacer para salvaguardar nuestra seguridad. Quizás es porque hemos internalizado la visión tradicional de la seguridad, basada en la vigilancia y el tratamiento del terror, por lo que nos cuesta trabajo poder ver y concebir la seguridad desde miradas más complejas y desde diferentes niveles.

Además, la dificultad de identificar los factores estaba conectada con el hecho de mirar profundamente en nuestras vidas. Incluso, algunas compañeras sintieron que solo podían verse a ellas mismas en relación con el trabajo que realizan en sus organizaciones. Los puntos ciegos, en este caso, no se relacionan con vivencias que no nos tocan directamente, sino con experiencias que no solemos mirar con atención; es decir, estos puntos sí se relacionan con sus vivencias, pero las participantes no habían sido conscientes de ello. El objetivo de la actividad, precisamente, es individualizar la experiencia de la seguridad. Parte de los postulados de la epistemología feminista nos invitan a virar la mirada hacia una misma como primer paso para establecer conexiones con el entorno. Partir desde nosotr*s nos abre la puerta hacia conversaciones profundas y difíciles, pero mucho más enriquecedoras.

Fue la primera vez que se implementó la herramienta en entornos virtuales. Se hizo a modo de prueba diagnóstica para retroalimentarla en este proceso de adaptar nuestros elementos de trabajo a los espacios virtuales en los que ahora, arrinconad*s por la pandemia, nos hemos visto abocad*s a trabajar. Con esta experiencia, nos percatamos de que se pueden aprovechar mejor sus contenidos cuando se tiene la posibilidad de explorar los niveles y subniveles de nuestros sentires sobre la seguridad. Asimismo, comprendimos que requiere de un momento previo de construcción conceptual que nos permita discutir cómo entendemos los elementos que componen nuestras seguridades.

2.3.3. Des-binarizar el pensamiento y la acción: la seguridad en clave de la construcción de paces



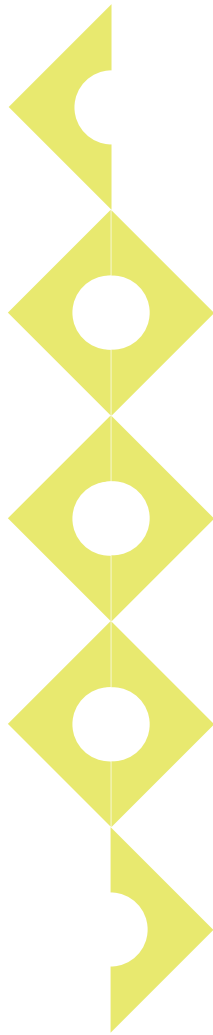
Las concepciones patriarcales en las que se han fundamentado nuestras visiones de seguridad han puesto nuestros saberes y haceres en un marco dual, ligado al género en el que la seguridad se entiende desde un lugar masculino y la construcción de *paces* se asemeja a lo femenino. Es decir, hay una configuración patriarcal del riesgo. Por esta razón, le apostamos a poner la seguridad en función de la construcción de *paces*. Es fundamental tender puentes con la agenda Mujer, Paz y Seguridad para romper las dicotomías que nos impiden generar condiciones seguras en nuestra cotidianidad y no nos deja hacer lecturas profundas que reflejen las violencias a las que nos enfrentamos diariamente.

Adentrarse en las profundidades de las desconfianzas, de los dolores, de las suspicacias que intermedian nuestras relaciones con los otr*s nos aproxima a escenarios que no se pueden imaginar desde una posición binaria. Con la epistemología feminista tenemos lentes que nos abren caminos hacia formas más complejas de riesgos invisibles —o más bien, invisibilizados— que es necesario empezar a ver para dar respuestas eficaces y contundentes que aseguren la vida y el bienestar de nuestras comunidades, especialmente, en América Latina.

¿De qué manera identificar nuestros factores de riesgo contribuye a la construcción de *paces* en nuestros territorios? Para ilustrarlo, exponemos una de las múltiples experiencias de trabajo realizadas por las organizaciones que ha sido liderada por Cinep/PPP en compañía de Ciase con mujeres indígenas y campesinas en el municipio de Florida, Valle del Cauca, en el suroccidente de Colombia. En un municipio con fuertes conflictividades entre comunidades debido al acceso a la tierra —problema histórico del país—, era relativamente “fácil” dilucidar que las dificultades entre las mujeres campesinas e indígenas se debían a sus problemas con las jurisdicciones que otorgan derechos de propiedad colectiva sobre los terrenos.

No obstante, en los diálogos facilitados por las organizaciones, se pudo observar que, además de la tierra, internamente las mujeres luchaban por sus diferentes concepciones espirituales, por sus ideas de dios. Mientras las mujeres campesinas tienen fuertes creencias ligadas al catolicismo, las mujeres indígenas tienen sus raíces espirituales ligadas al territorio, a los espíritus que circundan las selvas, los ríos y los bosques, que se conectan con nostr*s a través de los chamanes. Ambos grupos ven en las otras un riesgo para sus propias creencias. Este ejemplo muestra por qué es importante incluir la dimensión espiritual en la conversación sobre nuestra seguridad. Cavar en la profundidad de nuestras vivencias nos devela riesgos que no vemos en el primer plano, nos ayudan a transformar los conflictos.

En consecuencia, se trata de irrumpir en la agenda Mujer, Paz y Seguridad desde los feminismos para emprender nuevas formas de relacionarnos y de vivir la seguridad en nuestro desafío común por



la construcción de *paces* para y desde América Latina. Esta irrupción requiere que podamos construir nuevos diálogos y juntanzas a partir de nuestras diferencias. El propósito es incidir en esta agenda para que puedan reflejarse allí las realidades latinoamericanas, que pareciera, han estado al margen de los cuestionamientos globales sobre las problemáticas de la seguridad y nuestras experiencias construyendo *paces* para una vida digna (Salamanca, 2020).

2.4. Una mirada feminista a la mediación y la construcción de *paces*: retos para la construcción de nuevos contratos sociales

Desde la expedición de la Resolución 1325 de Naciones Unidas en 2000, la agenda de Mujer, Paz y Seguridad marcó un hito histórico en el reconocimiento de las mujeres como constructoras de *paces*. A pesar del significativo avance, como se mencionó, su marco de acción responde a contextos en conflictos armados. Por ejemplo, la Resolución ha sido ampliamente trabajada en Colombia debido a su prolongada situación interna de conflicto.

Antiguamente en los conflictos armados internos se reconocían como impactos directos los ocurridos entre combatientes y como daños colaterales aquellos que no se pueden prever en el marco del conflicto, por ejemplo, los que se dan en contra de mujeres, niños, etc. Se planteaba que los daños hacia las mujeres no se podían prever ni era posible protegerlas y, por lo tanto, no había reparación. Con la Resolución 1325 se cambia ese planteamiento y se reconoce a la población no combatiente como víctima. Ese cambio promovido por la Resolución 1325 es fundamental para las mujeres en materia de seguridad, porque aparecen conceptos clave como la prevención, la protección, la participación y la promoción de la *paces* entendidos desde la interacción profunda entre paz(ces) y seguridad (Salamanca, 2020).

Sin embargo, la violencia directa que padecemos actualmente en América Latina está siendo provocada por actores inmersos en la criminalidad organizada. Es lo que se ha llamado en los últimos años violencia extrema que no solo afecta las zonas rurales de nuestros países, sino que también se expresa con crudeza en las ciudades. Estas realidades suponen que también pongamos nuestra atención en el estudio e intervención de las violencias urbanas. Se reconoce el lugar de las mujeres en un sector dominado por las visiones masculinas de la seguridad, en el que quienes hacen parte de las mesas de negociación son hombres, quienes firman y aparecen en la foto son hombres.

Con las voces de las mujeres y de esos otr*s que nunca han sido escuchad*s por las sociedades mayoritarias, queremos generar espacios de diálogo, reflexión y acción que realmente reflejen nuestras realidades y sean garantes de nuestras seguridades. Para ello necesitamos dotarnos de nuevos imaginarios, conceptos y prácticas que nutran nuestras lecturas y dinamicen las respuestas que tanto la

sociedad civil como el Estado dan frente a las vivencias de inseguridad en nuestros territorios.

Las violencias que azotan México y otros países de América Central, como El Salvador, Guatemala, Honduras o Nicaragua, nos muestran los niveles de enmarañamiento de distintas esferas de nuestras sociedades con la criminalidad. Por otro lado, la experiencia colombiana después del Acuerdo de Paz entre el gobierno y la otrora guerrilla de las FARC-EP nos está mostrando que no es suficiente llegar a acuerdos, sino que, para sostenerlos, tenemos que transformar las dinámicas de poder que luchan contra el cambio.

Desde este proyecto entendemos, no obstante, que las realidades que vivimos sobrepasan incluso las capacidades de nuestros Estados para atajar las violencias de manera efectiva y segura para las comunidades. Le apostamos a las transformaciones del día a día, aquellas que se tejen en las charlas de la mañana con l*s vecin*s, en la recogida del café, en el viaje camino al trabajo en el bus. Reconocemos que la construcción de *paces* requiere de cambios en las estructuras políticas, socioeconómicas y culturales que generan las violencias estructurales y directas; pero, también, ponemos énfasis en las violencias sutiles, aquellas que se dan en las interacciones cotidianas, que generalmente pasan desapercibidas.

Ponemos el acento en los problemas que muchos hombres todavía consideran que no son “temas duros” (quizás porque son asuntos que afectan, principalmente, a las mujeres). En este sentido, consideramos que el diálogo es una herramienta esencial de nuestro trabajo para construir otras formas de relacionamiento que no estén vinculadas con las narrativas del terror y las lógicas binarias, sino que, más bien, estén cimentadas sobre la base del cuidado y el entendimiento mutuo.

Los diálogos son desafiantes. Mueven lo profundo de nuestra humanidad, nos exigen, nos retan, nos hacen mover de nuestros lugares situados, requieren de apertura y capacidad de escucha.

Durante los talleres tuvimos la oportunidad de compartir nuestras experiencias sobre diálogo y mediación. A continuación, abrazando las paradojas, se encuentran nuestras aproximaciones a los diálogos comunitarios, los procesos de mediación y de negociación.

2.4.1. “Poniendo el corazón en su lugar”⁴: experiencias de diálogo y mediación

Tanto a quien es víctima de violencia como a quien la ejerce el corazón se le sale de su sitio. En los procesos de diálogo, mediación y negociación, las partes reconocen que en medio del conflicto que les aflige pueden encontrarse a través de la escucha y de la palabra. Durante los diálogos que sostuvimos en los talleres, las organizaciones participantes llegamos a los siguientes acuerdos sobre nuestras experiencias con las comunidades al tratar de tender puentes.

⁴En su compartir de experiencias en los territorios, Serapaz relató que las comunidades indígenas en Chiapas, México, dicen que cuando se está descontento el corazón sale de su sitio y por ello hay que regresarlo a su lugar. De allí surgió este subtítulo.



Encuentros

Serapaz, Ciase, Cinep/PPP, Jass:

- Facilitan procesos de diálogo y el fortalecimiento de movimientos sociales
- Acompañan procesos de mediación y negociación entre actores
- Parten de la importancia de la agencia de los diversos actores de la sociedad civil
- Consideran que debe existir disposición real de las partes para dialogar y construir acuerdos, ya que, si no hay un interés real de construir, es probable que no se logre transformar el conflicto.

Etapas o fases del proceso realizado por Cinep/PPP y Serapaz

1. Exploración o preparación. Analizar el conflicto e identificar las condiciones que existen para el acompañamiento de un proceso de transformación. Se define la viabilidad de una estrategia, la agenda a tratar, los formatos y los interlocutores. Las organizaciones reconocen que tienen posturas sobre los conflictos.

2. Preparación o intercambio. Planear junto con los participantes los pasos que se necesitan para entablar la negociación o la mediación. Se actúa en dos frentes: i) formación para fortalecer las capacidades de las personas que hacen parte de los procesos en teoría de negociación, diálogo o comunicación; ii) diseño y arquitectura del acuerdo, que responde a las preguntas sobre con quién se va a hacer la negociación, si es bilateral o de múltiples actores; se establece qué se puede o no obtener y la táctica a implementar, ya sea una negociación más integradora o confrontativa que varía de acuerdo con el momento y la maduración del conflicto. En esta fase se identifican los diversos intereses de cada parte para tratar de crear un valor en el diálogo. El propósito es que las partes, por medio del encuentro, reconozcan valores que no habían visto.

El o la mediadora del proceso de negociación ayuda a las partes a reconocer y generar los siguientes elementos:

- **Tender puentes de oro.** A través de la escucha, ayuda a tender puentes que les permitan comunicarse y entenderse mutuamente.
- **Agrandar el pastel.** Se identifican los intereses de las partes para crear un valor agregado.
-
- **Hagamos una “Zopa” (Zona de Posible Acuerdo).** A partir de los intereses y necesidades previamente identificados, las partes logran reconocer que pueden entrar a una zona de posible acuerdo.

3. Construcción de acuerdos y cierre del proceso. Poner en práctica los conocimientos aprendidos en las etapas anteriores. La labor de la mediación es generar un sistema de apoyo que facilite la construcción

de acuerdos justos y dignos para l*s participantes. En esta etapa se discuten los impactos que los acuerdos pueden tener en términos de sus intereses, necesidades y valores. Los acuerdos se formalizan y se establecen procedimientos de evaluación y monitoreo.

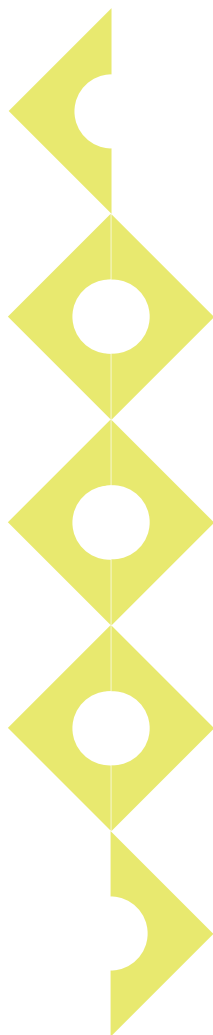
4. Implementación y seguimiento. Observar y acompañar la ejecución de los acuerdos parciales o totales durante o después del proceso, mediante mecanismos de verificación.

Aprendizajes comunes

- Debemos explorar la mediación cotidiana, aquella que está escondida, la que se hace todos los días gracias a la revolución de género que, generalmente, la hacemos las mujeres con las parejas, con la familia, en la comunidad.
- El diálogo nos llevará a tensiones necesarias para tender puentes de oro, a hacer viajes transformadores de nuestras realidades violentas, a sanar nuestros dolores, a encontrarnos en la tristeza y en la fuerza de la resistencia.
- Experiencias de mediación o negociación con empresas privadas. Serapaz nos mostró que es posible involucrar a terceros actores, en este caso empresas privadas, en procesos de diálogo con comunidades y el Estado para tramitar conflictos. De esta manera, los actores involucrados se hacen responsables de sus actuaciones frente a las comunidades receptoras de proyectos, por ejemplo.
- ¿Procesos de negociación con actores de crimen organizado? Es la gran incógnita que nos quedó como parte del camino. Unos de sus principales riesgos son la legitimación de la violencia ejercida y la dificultad que entraña llegar siquiera a una mesa de diálogo.

Desencuentros

- Toda mediación/negociación requiere diálogo, pero no todo diálogo es una mediación/negociación. No hubo tiempo para discutir con mayor profundidad qué concebía cada organización como diálogo, mediación, negociación o facilitación. Al exponer nuestras experiencias de trabajo se evidenciaron diferencias en torno a cómo entendemos conceptualmente —y a través de los aprendizajes que nos ha dejado la práctica— dichos procesos. Por ejemplo, Serapaz entiende que la mediación, la negociación y la facilitación son procesos de diálogo. Cinep/PPP, por su parte, entiende que la mediación o la negociación son herramientas de transformación no violenta de conflictos sociales. La no violencia y la educación popular son los paradigmas de acción que orientan el trabajo del Cinep/PPP. El paradigma de la no violencia tiene un origen espiritual que apela a la moral del contrincante y tiene relación con las bases religiosas de la organización. De igual manera, tienen una clave de lectura de las realidades sociales del país con base en la presencia diferenciada del Estado en el territorio.



- Jass, por otra parte, contribuyó a la discusión con su enfoque de “construir hacia adentro”. El objetivo de la organización es la construcción de movimientos sociales abordando la conflictividad entre pares, entre integrantes de una misma organización o diversas organizaciones. Esos son los procesos que han acompañado tocando temas profundamente complejos y dolorosos como lo son las violencias de género por parte de compañeros de los colectivos/asociaciones/grupos. Ha sido un desafío encontrar formas de aportar a las discusiones sin fracturar los procesos organizativos. Los conflictos internos también les ha llevado a reflexiones profundas y a tener conversaciones difíciles sobre cuál es nuestro rol como integrantes de las organizaciones, qué esperamos de cada uno de los perfiles de quienes participamos sin que las tensiones existentes nos rompan en el interior, sino que, por el contrario, nos potencien.
- Una de las discusiones más provechosas y que, lamentablemente, no se pudo tratar con más soltura fue sobre nuestras posturas alrededor de qué es ser una defensora de derechos humanos y qué implica ser una constructora de paz(ces). ¿Se dedican a lo mismo? ¿Si defendemos los derechos humanos estamos construyendo paz(ces)? Cinep/PPP tiene una posición clara al respecto: más que mediadores son defensores de derechos humanos. La postura de Ciase es que son mujeres constructoras de paz(ces). Para ellas la mediación es una herramienta esencial para contribuir a las *paces*, porque sirven de puente entre puntos ciegos que se encuentran —y quizás se enfrentan— entre sí. Ser paz transita en la utopía de la(s) paz(ces) y se reafirma como una organización constructora de paz(ces) que tiene como herramientas los derechos humanos y los procesos de mediación, que no son el fin en sí mismos. Mencionaban también que no ha habido al interior de Serapaz una conversación que profundice en estos conceptos y les permita tomar una postura institucional al respecto.

Este proceso de diálogo entre organizaciones y las reflexiones impulsadas por el reflejo mismo de lo que buscamos extender a las comunidades, reafirma la necesidad de crear espacios de diálogo que se hace cada vez más imperiosa debido a las múltiples crisis civilizatorias que estamos viviendo actualmente. Se trata de hablar y escucharnos para encontrar respuestas, o quizás simplemente para narrar nuestras dudas, para plantear nuestros cuestionamientos y reflexiones. El mundo se encuentra en una conjunción de crisis de sistemas que se retroalimentan entre sí: los cimientos de los sistemas patriarcales, capitalistas, coloniales y de convivencia están tambaleando.

Nos encontramos ante un estallido de violencias producto de la simbiosis de diversas crisis que parecieran estar poniendo en jaque nuestros sistemas civilizatorios, o aquello que habíamos concebido como tal. La reacción ha sido un sinnúmero de demandas sociales a los *policy-makers* cuya atención se enmaraña en medio del poderío del narcotráfico y sus redes que intervienen en todos los sectores y

ámbitos de nuestras sociedades.

Esta multiplicidad de crisis nos cuestiona sobre las lecturas esquemáticas que hacemos de las realidades que nos rodean. Hemos cimentado nuestras sociedades y nuestros conceptos de civilización en sistemas de discriminación y privilegio sobre la base de mandatos, discursos, valores y prácticas construidas culturalmente (Salamanca, 2020). Estos, a su vez, legitiman la inseguridad y la violencia que puede darse frente a ciertos sujetos, a quienes se les estigmatiza debido a lo que las sociedades en un momento particular han definido como “diferencias”.

Estos sistemas de discriminación y privilegio configuran una red de lugares situados, por medio de vectores que se intersecan mutuamente en cuerpos determinados. Los señala, los convierte en “otredad”, los marca desde lo simbólico y desde las actuaciones institucionales que se convierten en “la verdad”. Estas construcciones de verdad nos impiden ampliar nuestras miradas frente a las vivencias que tenemos los seres humanos a partir de nuestros lugares en el mundo. A su vez, establecen nuestra relación con la seguridad, nuestro derecho a disfrutar de una vida segura en todas sus dimensiones, como lo hemos visto. Es en este sentido que los feminismos se posicionan como una contracultura frente a las crisis civilizatorias (Salamanca, 2020).

Actualmente, los diferentes movimientos contracultura (feministas, ecologistas, ambientalistas, decolonialistas, movimientos indígenas, etc.) están poniendo en el debate público reivindicaciones que están definiendo las agendas locales y globales de acción gubernamental y de cooperación multilateral. Nos proponen tensionar nuestras posiciones, conocimientos y prácticas alrededor de un diálogo complejo —e incluso doloroso— sobre cómo pretendemos seguir conviviendo. El mundo de hoy requiere entonces de nuevos contratos sociales que nos permitan avanzar en la construcción de sociedades que procuren un mayor entendimiento de nuestras diferencias, que estén basadas en el cuidado y el respeto mutuo.

Hacer nuevos contratos sociales implica romper con los sistemas de discriminación y privilegio imperantes que nos han mantenido, tanto en pensamiento como en acción, bajo la lógica binaria y patriarcal de amigo-enemigo. Necesitamos una transformación completa de los mandatos, discursos, valores y prácticas que nos han llevado al estallido de la conjunción de las múltiples crisis que amenazan nuestra propia existencia. No obstante, dicha crisis es, en sí misma, una oportunidad para generar otras conversaciones que nos acerquen para romper paradigmas y construir otros pactos que propendan por la vida en sus variadas interpretaciones del *buen vivir*.

Entendiendo que la paz y la seguridad han sido herramientas ideológicas para el control de la población, es necesario decolonizar dichos formatos aprendidos y desligarnos de la mencionada dicotomía amigo-enemigo construida también a partir de un orden de género (hombre-protector; mujer-protegida). De esta manera, comprendemos que afrontar los riesgos pasa por una apropiación de la seguridad, convertirlo en un concepto que



nos se apropió, de las mujeres, y de la sociedad en general (Salamanca, 2020).

2.4.1.1. **Perspectivas: nuestras miradas compartidas**

Luego de seis sesiones de tres horas cada una en las que conversamos sobre nuestras aproximaciones conceptuales y nuestros haceres, las organizaciones participantes coincidimos en las siguientes perspectivas que guían nuestro trabajo conjunto:

- *La perspectiva feminista acompañará nuestros análisis y será una de nuestras herramientas para trabajar la seguridad.* Uno de los intereses de las organizaciones para sumarse a este proyecto fue la necesidad que detectaron de abordar la relación entre género y seguridad/protección. Por lo tanto, planteamos continuar explorando la epistemología feminista porque nos permite transformar los saberes y prácticas tradicionales de la seguridad. A partir de los elementos que nos brindan los feminismos, hemos complejizado las lecturas que realizamos en nuestro trabajo con las comunidades, nuestros abordajes y metodologías. Reconocemos, además, que los debates que las mujeres y demás subjetividades han puesto en el debate público son múltiples y diversos, y están en permanente tensión. Entendemos que los feminismos son tan variados como lo somos las mujeres, por ello hablamos en plural para acoger las diferencias que nos unen. Actualmente, —y desde que existen las banderas que se reivindican como “feministas”— los feminismos nos han dado el espacio para revolucionar nuestras sociedades desde lo profundo de nuestras convicciones más enraizadas. Los feminismos han sido las puertas que nos han dado entradas para adoptar, desde el cuidado, perspectivas novedosas que nos permiten comunicarnos desde nuestras diferencias.
- *La interseccionalidad como herramienta teórico-práctica para el análisis en seguridad.* Los feminismos nos han entregado instrumentos valiosos para comprender nuestras vivencias por medio de lecturas profundas sobre los ejes o vectores de discriminación/opresión que atraviesan nuestros cuerpos. Los feminismos negros nos han dado la interseccionalidad (Crenshaw, 1989). Estas características leídas en clave interseccional, nos permiten ver la influencia que tienen en la manera en que nos relacionamos con la seguridad diariamente, de acuerdo con los lugares que la sociedad nos asigna. Nuestro proceso puso el centro en el eje/vector de la identidad de género, es decir, en el ser mujeres, comprendiendo la diversidad que engloba asumirse como tal. Afirmamos que las interpretaciones de nuestras realidades leídas desde una perspectiva interseccional nos permiten avanzar en el conocimiento de nosotras mismas para crear conciencia de nuestros puntos ciegos respecto de otros lugares situados cuyas experiencias no nos atraviesan. En este sentido, hicimos el ejercicio de conocer nuestros lugares situados y nuestros puntos ciegos como personas y como organizaciones.

- *La seguridad humana como mirada compartida sobre la seguridad.* Esta concepción plantea la vida de las personas lejos de la miseria y el miedo. Sin embargo, su discusión posibilita cuestionamientos y otras perspectivas que plantean que el miedo es natural como sentimiento humano. Es necesario aprender a gestionarlo, creando y facilitando las herramientas para tramitarlo desde el reconocimiento de su existencia en nuestras vidas. No podemos admitir, por el contrario, la miseria que es producto de la desigualdad y el terror que paraliza. El terror es miedo que deja de ser manejable y se convierte en una herramienta de poder, de dominación poblacional.

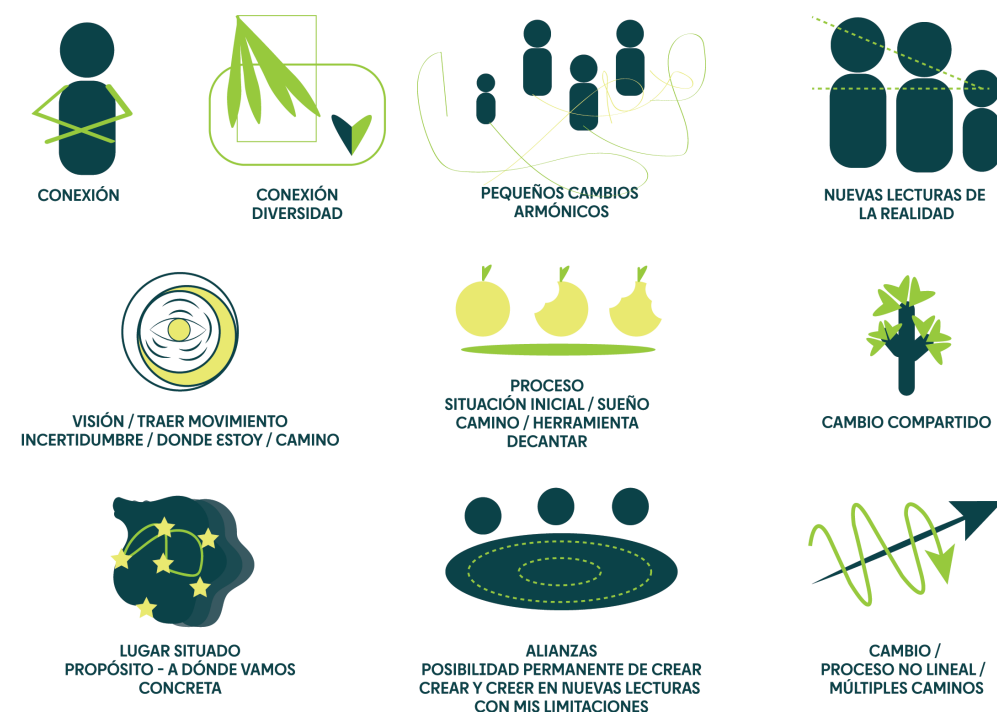
Por otra parte, también afirmamos que la discusión feminista se inclina por deconstruir el sujeto patriarcal como proveedor único de seguridad para hacer una construcción de seguridad humana que parta del (las) sujeto(as) y no del protector. Es un diálogo entre el Estado que garantiza las condiciones adecuadas para alejarnos de la miseria y del terror, y una sociedad que puede construir transformaciones para una seguridad que dialogue con el (las) sujeto(as) de la seguridad, que somos tod*s.

- *Aprendizaje significativo para construir seguridad/protección/cuidado y paces.* La seguridad empieza a constituirse como un discurso y una práctica que requiere del aprendizaje significativo que resuena en la vida misma de la sujeta “mujer”, en este caso, en sus cuerpos y en la cotidianidad de la vida, tanto en el espacio privado como en el espacio público.
- *Acción sin daño como eje central de nuestras intervenciones.* Apostamos por contribuir a la transformación de los conflictos en nuestros territorios con acciones conscientes con las comunidades, a partir de las realidades que vivimos en la cotidianidad. Partimos de la necesidad de profundizar en el reconocimiento de nuestros puntos ciegos para evitar en mayor medida generar impactos o efectos negativos que profundicen las dinámicas de conflicto.
- *La epistemología decolonial como hoja de ruta orientadora de la de-construcción de paradigmas tradicionales de seguridad/protección.* Entendemos que las visiones y concepciones sobre la seguridad y la paz como la ausencia de fusiles (o paz negativa) provienen de un paradigma colonial que permeó nuestras formas de vida y determinó jerarquías raciales, de género y de entendimiento histórico del mundo que nos rodea. De esta manera, la epistemología decolonial nos ayuda a ver lo que se nos negó mirar, es un espejo en el que nos podemos reflejar claramente, abrazar nuestro dolor y crear otras nociones de seguridad/protección y paces vinculadas a transformar, día a día, las condiciones estructurales que permiten y (re)producen las violencias.

2.5. Hacia una Teoría de Cambio Compartida

En los últimos encuentros que tuvimos durante los talleres introductorios entre las organizaciones participantes, nos encargamos de construir nuestra Teoría de Cambio Compartida. El objetivo era identificar los pequeños grandes cambios, esos efectos concretos que queríamos lograr en el marco temporal del proyecto. Iniciamos con una actividad que nos permitió imaginar una proyección de la concepción del cambio.

Con la orientación de la facilitadora, cada participante presentó su imagen del cambio. Consideramos que el cambio tiene los siguientes elementos:



Fuimos conversando sobre nuestras imágenes del cambio, por qué lo visualizamos de esa forma, y cuáles son los elementos que componen el camino al cambio deseado. Para nosotr*s el cambio requiere de encuentros que logren acercarnos con otros seres humanos. Estos espacios de encuentro, a su vez, necesitan de conocimiento y herramientas para el análisis y la reflexión sobre las realidades que nos atraviesan. Necesitamos espacios seguros en los que podamos ser, en los que podamos expresar nuestras emociones y aprender a generar mecanismos para tramitarlas. La conexión se genera entre pensamiento y corazón. ¿Cómo encontrarnos en un contexto en el que se nos pide justamente guardar distancia?, nos preguntamos. No hubo una respuesta concreta y contundente (nadie la podía tener en el momento). Cada organización iba a encontrar la forma de crear espacios seguros a través de las pantallas.

El cambio también lo entendemos como un proceso de reflexión individual y colectiva para saber qué queremos cambiar y cómo lo vamos a hacer. Es decir, el cambio implica un acuerdo, más no homogeneidad. Podemos converger en medio de la diversidad. Además, una de las participantes nos dijo que el cambio parte de nuevas lecturas de la realidad que visibilicen cosas que no hemos visto antes. Debe haber una conciencia del pasado, de lo que se hereda, de lo que decidimos heredar. Esa historia está relacionada con una visión de futuro.

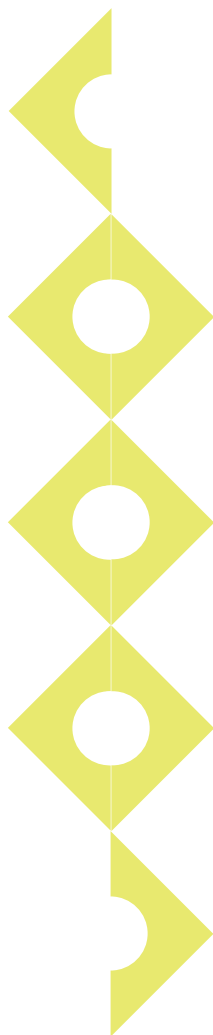
Concebimos que *el cambio es movimiento* y que al movernos hay espacio para la incertidumbre. Hay riesgos que no alcanzamos a prever, que descubrimos a medida que avanzamos en el camino y quizás nos obliga a tomar otros senderos. Para gestionar la incertidumbre necesitamos definir el lugar al que queremos llegar y saber cuál es nuestro punto de partida. *El cambio es un proceso*, necesita tiempo, acciones, voluntad para involucrarse y momentos de reflexión que evalúen los avances, los logros y desafíos. *El cambio precisa actorías comprometidas a generar movimientos. El cambio implica transformación*, pero no es un estadio inmediato, sino que se va dando paso a paso, con elementos concretos que podemos visualizar en la cotidianidad. Los caminos del cambio no son rectos, más bien parecen una espiral que nos mueve, nos hace avanzar, nos vuelve a llevar a caminos ya recorridos para ver con nuevas miradas lo que ya se ha transitado.

Finalmente, la facilitadora, Diana García, recogió una definición corta del cambio:

Es una conexión que implica que nuestro reto en este proceso es cómo vamos a lograr que las mujeres, en su diversidad y desde sus lugares situados, puedan sentir confianza para generar nuevas lecturas sobre la seguridad.

Luego proseguimos a crear un móvil en el que plasmamos los efectos que pretendíamos lograr en el marco de la primera fase del proyecto. Llegamos a la conclusión de que las reflexiones que deseábamos generar son:

- Fortalecer la alianza interorganizacional generada en el primer encuentro del proyecto
- Promover el cambio en las personas que participamos en el proyecto al cuestionarnos sobre nuestros lugares situados, puntos ciegos, nuestras concepciones de seguridad, las formas en las que queremos contribuir a la construcción de *paces* en nuestros territorios
- Sembrar una semilla feminista con las mujeres locales, propiciar espacios seguros y de confianza para que puedan hablar sobre su seguridad/protección y puedan crear alternativas que permitan deconstruir la lógica binaria amigo-enemigo.



Al tener conciencia de que el cambio es un proceso gradual que requiere tiempo, hubo dudas sobre la factibilidad de la realización de los talleres con las mujeres locales en los territorios durante el tiempo asignado. Nos dimos la oportunidad de soñar, de tramitar la incertidumbre que nos invadía, para proponer efectos concretos que pudiéramos compartir con las mujeres en México y Colombia.

De esta manera, enunciamos que queríamos:

- Conocer las posiciones y miradas compartidas y en tensión de las organizaciones, las cuales tienen un vínculo de confianza y de trabajo conjunto en torno a la seguridad y el diálogo para trabajar por alternativas de seguridad con perspectiva feminista
- Construir un vínculo de confianza con las mujeres locales para hablar sobre seguridad y hacer conocimiento colectivamente (desde el saber de las organizaciones aliadas y desde el saber propio de las mujeres) de cómo entienden la seguridad, el diálogo/la mediación y resuenan con las herramientas de protección, cuidado o diálogo/mediación propuestas por las organizaciones de acuerdo a las necesidades, prioridades y capacidades de las mujeres aliadas, en su diversidad en México, Colombia y Cataluña
- Compartir, en el marco del vigésimo aniversario de la Resolución 1325, el saber generado por las organizaciones y con las mujeres locales (sistematización) sobre formas de entender la seguridad (protección y cuidado) con perspectiva feminista
- Las personas de las organizaciones aliadas que han hecho parte del proceso enunciamos que queríamos transformar nuestra conciencia de nuestros lugares situados, tensionar nuestros puntos ciegos y han nutrir nuestros saberes sobre la seguridad en relación con el diálogo/mediación y la construcción de paz desde una mirada feminista e interseccional.

2.5.1. Acuerdos para construir haceres colectivos en medio de la virtualidad

Una vez definido el cambio que pretendíamos promover en el marco temporal del proyecto, nos embarcamos en la aventura de crear una metodología común para desarrollar los talleres locales que resonara con nuestros objetivos pedagógicos compartidos. Llegamos al acuerdo de elaborar una serie de ejercicios “infaltables” que se desarrollarían en la Caja de Herramientas. Estas actividades permitirían que tuviéramos una base metodológica similar con miras a tener criterios de comparabilidad de los procesos, dejando abierta la posibilidad de ser flexibles y adaptar los talleres locales de acuerdo con los contextos y necesidades de las mujeres. Por ejemplo, nos encontramos conjuntamente en la necesidad de incluir como “infaltable” los ejercicios corporales a lo largo de las sesiones como parte de nuestra apuesta por generar espacios de autocuidado.

Asimismo, también se incluyeron unos “talleres tipo” que guiaron la construcción de la carta descriptiva, en México, y el guion, en Colombia, de los talleres.

Sin embargo, a pesar de que no teníamos conocimiento del contenido de la totalidad de los ejercicios mencionados, cada organización estructuró un formato de talleres que reflejara las realidades que enfrentan las mujeres en sus territorios, considerando, además, el trabajo virtual con todas las oportunidades y limitaciones que ofrece, adaptándonos a las condiciones de la emergencia sanitaria debido al Covid-19.

Las alianzas locales que las organizaciones participantes tenemos de antaño con mujeres de organizaciones de base, defensoras del territorio, integrantes de colectivos sociales y lideresas comunitarias fueron un insumo fundamental para que los espacios fueran confiables y seguros para ellas. Como resultado de procesos de formación y construcción colectiva, hemos creado lazos de fraternidad con las mujeres con las que elegimos trabajar.

El perfil de mujeres con el que se aprobó el proyecto fue de trabajo con mujeres rurales. No obstante, dadas las medidas de aislamiento social decretadas por los gobiernos de nuestros países, tanto a nivel nacional como a nivel local, para evitar el contagio del virus, optamos por diversificar el perfil ampliando el rango a mujeres urbanas y urbano-rurales. La decisión se tomó debido a las dificultades que tienen las mujeres rurales en las regiones de nuestros países para acceder a una conexión a Internet adecuada y a equipos electrónicos, e, incluso, para disponer del servicio de energía eléctrica en sus hogares.

Talleres locales con mujeres en México

Serapaz y Jass planearon los talleres con dos grupos de mujeres con los siguientes perfiles:

- Perfil 1. Mujeres pertenecientes a organizaciones de la sociedad civil en México que trabajan en temas de protección

23 defensoras de organizaciones especializadas en protección, de colectivos en búsqueda de sus familiares, defensoras de los derechos de las mujeres y de la comunidad LGBT. Provenientes de la Baja California, Coahuila, Chihuahua, Ciudad de México, Guerrero, Oaxaca y Veracruz. Urbanas y rurales, con acceso a internet.

- Perfil 2. Mujeres defensoras de derechos humanos y movimientos sociales para la defensa del territorio y colectivos de búsqueda de desaparecidos

22 defensoras de movimientos sociales en defensa de la tierra y el territorio, de colectivos en búsqueda de familiares desaparecidos, defensoras de los derechos de las mujeres. Provenientes de Sonora,





Sinaloa, Chihuahua, Hidalgo, Michoacán, Estado de México, Ciudad de México y Yucatán. Fundamentalmente rurales e indígenas.

Por ejemplo, los talleres contaron con la presencia de mujeres de “la comunidad indígena purépecha de Nahuatzen, un pueblo que lucha por su autonomía y por mantener sus formas de gobierno indígena. La comunidad de Nahuatzen se encuentra en la región de la meseta purépecha de Michoacán, una región donde la violencia, el secuestro, la destrucción de los bosques, los robos y asesinatos durante mucho tiempo formaron parte de la cotidianidad de las personas” (Serapaz, 2019).

Talleres locales con mujeres en Colombia


Ciase planeó trabajar con los siguientes grupos de mujeres:

- Grupo 1. 15 mujeres campesinas, indígenas y afrodescendientes. Son lideresas de sus comunidades, algunas ejercen cargos públicos de índole local y otras pertenecen a organizaciones de la sociedad civil en el municipio de Florida, Valle del Cauca, en el suroccidente del país. Algunas de ellas pertenecen a grupos religiosos cristianos llamados “evangélicos”. Se procuró un ejercicio de armonización al inicio de las sesiones promoviendo el respeto por las diferencias de las mujeres presentes.
- Grupo 2. 22 mujeres en total, 16 jóvenes pertenecientes a la Red de Mujeres Jóvenes Constructoras de Paz, y 4 mujeres adultas cofacilitadoras locales integrantes del Colectivo de Pensamiento y Acción Mujer, Paz y Seguridad, que viven en Buenaventura, Valle del Cauca; Sáchica y Villa de Leyva en Boyacá; Barbosa, Puente Nacional y Chipatá en Santander; y Santa Marta, Magdalena.

Cinep/PPP trabaja con los grupos:

- Consejo Comunitario de La Larga y Tumaradó (Cocolatu). Compuesto por 49 comunidades ubicadas en la región del Bajo Atrato entre los municipios de Riosucio (Chocó), Turbo y Mutatá (Antioquia). Es un territorio colectivo reconocido por la Ley 70 de 1993 que protege a las comunidades negras asentadas en el litoral Pacífico del país y que comparten una identidad y cultura.
- Asociación de Consejos Comunitarios y Organizaciones del Bajo Atrato (Ascoba). Ascoba es una organización de segundo nivel que está compuesta por diferentes comunidades y consejos del Bajo Atrato e incluye diversas organizaciones étnico-territoriales y de base.

En suma, los talleres introductorios entre las organizaciones participantes del proyecto constituyeron la semilla de una apuesta de trabajo conjunto que aspira a contribuir, en el largo plazo, a la



transformación de la seguridad como una vivencia masculinizada que silencia las voces de las mujeres. Con nuestra alianza corroboramos la pertinente afirmación de Orfe Castillo, coordinadora de país de Jass en México: “es esencial seguir teniendo espacios de pensamiento y reflexión que nos saquen de la inmediatez, [...] porque **la construcción del pensamiento crítico pasa por destinar tiempo y recursos a estas reflexiones**”. En este sentido, resaltamos el valioso rol de la cooperación internacional al facilitar recursos para que demos estas discusiones y tengamos espacios seguros de deliberación. Es necesario, no obstante, establecer relaciones más horizontales entre el Norte Global y el Sur Global, y que podamos transformarlas de modo que contribuyan no solo a la financiación de proyectos, sino a la construcción de procesos territoriales en América Latina (Herbolzheimer, 2020).

CAPÍTULO 3

Efectos y cambios: cuidado y afectos para la seguridad y la protección

En este apartado se expondrán las diferentes miradas y concepciones alternativas de la seguridad propuestas por las mujeres participantes de los distintos espacios. En particular, se dará cuenta de las discusiones de los talleres locales realizados en México y Colombia.

Las organizaciones aliadas, así como las mujeres que participaron de los espacios, lograron construir un vínculo de confianza que les permitió hablar desde su lugar de enunciación, poniendo en tensión los conceptos de seguridad, mediación y construcción de paz. De esta manera, gracias a la determinación de los puntos ciegos y de los vectores identitarios, se lograron deconstruir y reconstruir los conceptos y hablar desde temas personales hasta temas territoriales. Esta confianza para hablar seguras y tranquilas se logró, en parte, gracias al trabajo previo de las organizaciones en los territorios y con las mujeres participantes. Por ejemplo, tanto Ciase como el Cinep/PPP han trabajado por muchos años con las mujeres de Florida y de Riosucio. Por su parte, Serapaz y JASS tienen trabajo previo en los territorios y con los movimientos de mujeres provenientes de lugares como Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Hidalgo, Michoacán, Estado de México, Ciudad de México, Yucatán, Baja California, Coahuila, Guerrero, Oaxaca y Veracruz.

Esta confianza permitió identificar los puntos en común sobre las perspectivas de seguridad de las mujeres, así como las estrategias alternativas de protección y cuidado para el abordaje de la seguridad en cada lugar situado.

3.1 Conceptos en tensión: ¿qué es la seguridad, el diálogo y la construcción de paz?

Para la gran mayoría de las mujeres participantes de los espacios, la seguridad es la ausencia de algo, es decir, ausencia de problemas, conflictos o de riesgos y en algunas ocasiones es percibida como deber del Estado. Así, muchas expresaron que la seguridad implica *“todas las condiciones para sentirme más tranquila, en paz y sin riesgo; reducir riesgos, generar confianza; proteger la vida”*. Al respecto, antes de los talleres, algunas mujeres expresaron la seguridad como la *“certeza de que nos encontramos en una situación en la que no hay peligro o amenaza”*, pero, a partir de los ejercicios de formación, entendieron que más que la ausencia de la amenaza es la posibilidad de gestionarla para poder *“vivir con tranquilidad como defensoras de derechos humanos”*, pues, en esta labor, el riesgo en países como México y Colombia está latente. Asimismo, para las mujeres, la salud emocional es un factor importante que se correlaciona con acciones preventivas ante el peligro personal, familiar y comunitario y con condiciones necesarias para la realización de la vida en su conjunto, la integridad física y la psicológica.

En Riosucio, Colombia, frente a la seguridad de las mujeres, en particular por los riesgos que generan los grupos armados y, también, las empresas ajenas al territorio, ellas promueven espacios y vínculos comunitarios para hacer frente a esas situaciones. Para ellas, el diálogo



en ciertos escenarios de conflicto, no en todos, se convierte en una herramienta útil. Por ejemplo, frente a problemas institucionales, a veces funciona.

Por otra parte, algunas mujeres en México reflexionaron sobre la relación entre la seguridad y el poder: *“Me encantaron las reflexiones. Acompañando a colectivos de personas desaparecidas, reflexiono sobre **el poder invisible que se da con algunas compañeras**, la mayoría de ellas son mamás buscando a sus hijas, hijos, esposos, pero es muy fuerte como en estas situaciones de tanta violencia y que el Estado ha sido este primer actor en destruir estas vidas, dentro de estos grupos que son con un montón de identidades, cómo se juegan esos poderes, es muy difícil nombrarlos y ponerlos, espejarnos porque **hay muchos sentimientos encontrados**, a veces es tratar las cosas como con pincitas, en qué momento puedo decirlo, en qué momento no.”* Para muchas de ellas, es difícil pensar en la seguridad con relaciones de poder tan desiguales y frente a actores que *“han lastimado profundamente a las comunidades y personas, sobre todo a las mujeres, el Estado y los varones agresores principalmente”*.

Sin embargo, en el marco de estas inseguridades, las mujeres siguen realizando labores de defensa de la tierra y el territorio, están en lucha por la búsqueda de justicia para sus comunidades, hacen labor de rastreo y búsqueda de víctimas de desaparición, y son parte de redes de protección a defensoras; por lo tanto, la seguridad es un tema relevante para mantener su labor. Al respecto, las mujeres han generado diversas formas y estrategias, algunas de las cuales son para enfrentar violaciones a los derechos humanos.

Las mujeres conocen y utilizan estrategias de protección dura, de análisis de riesgo, de incidentes y de monitoreo; simultáneamente, herramientas espirituales y comunitarias cuyo significado simbólico representa una fuerza fundamental para la permanencia de sus luchas. Las mujeres sitúan la protección, más que la seguridad, en relación con el fortalecimiento de los vínculos sociales y con el territorio y la comunidad. Es allí donde sienten más seguridad. Para lograr mayor seguridad, las mujeres también manifiestan que es importante trabajar en ellas mismas, aprender y capacitarse. Para ellas, si cada una se potencia a través del conocimiento, contribuye a que en su entorno familiar y comunitario se construya paz.

Por último, frente a la seguridad, las mujeres en todos los talleres lograron comprender e identificar más ámbitos y dimensiones en las que la seguridad se desarrolla, dependiendo del lugar situado. Esta concepción de la seguridad se relaciona con la consecución de acuerdos y la generación de mecanismos para salvaguardar la vida y asegurar las condiciones sociales, económicas y culturales que permitan vivir gestionando los miedos. Así, el diálogo y la mediación también son vistos como herramientas de transformación de conflictos sociales y como un método para concertar acuerdos equitativos para una convivencia sana. En ese sentido, sirven para generar acercamientos para la solución de problemas y son herramientas imprescindibles

para hablar de seguridad. Esto requiere de una comunicación activa, empática, abierta y que promueva el reconocimiento de las otras personas.

El diálogo como herramienta para resolver conflictos internos es importante. Como mencionó una mujer: *“Si es despojarnos de algunas cosas como seres humanos tenemos que aprender a aceptar a cada una de las personas con sus costumbres e ideas. Construir ideas para una mejor convivencia ante la sociedad. Ser prudentes en las formas de expresar, creando estrategias para salvaguardarme y [salvaguardar a] mis comunidades”*. (Mujer lideresa, Taller Riosucio, diciembre 2020)

Para muchas de las mujeres participantes, el diálogo y la mediación también son procesos de toma de decisiones de cara a conflictividades sociales y frente al Estado. Así, por ejemplo, algunas mujeres reconocen la importancia de estas herramientas en sus experiencias ligadas a la defensa de la tierra, el territorio, violaciones a derechos humanos, exigencia de justicia frente a feminicidios, construcción de autonomía indígena frente al Estado o en procesos de búsqueda de sus familiares y construcción de políticas públicas. Esto fue particularmente importante para las mujeres en México. No obstante, señalaron la dificultad de dialogar cuando existen relaciones desiguales de poder y los altos costos que puede generar dialogar con el Estado, en términos del movimiento social.

Al tratarse de violencias sexo-genéricas directas contra compañeras del movimiento social, de comunidades y de organizaciones comprometidas en la lucha, la mediación es percibida como indebida. **Esto pone de manifiesto cuándo y cómo es prudente hacer una mediación.** Así, en situaciones de violencia de género, la mediación no es una vía posible: *“¿cómo mediación con tu pinche acosador?”*. **El diálogo y la mediación no son estrategias posibles para transformar conflictos de violencia sexual, de género o de acoso, pues son revictimizantes, agresivos y pierden su esencia de preservación de la dignidad.** De igual manera, cuando hay intervención de empresas por medio de megaproyectos, las pautas para la mediación son líneas grises que generan muchas dudas y mucha reticencia por parte de las mujeres defensoras y luchadoras sociales.

El cuidado personal y colectivo como apuesta feminista fue clave a la hora de realizar los talleres. Al respecto, algunas mujeres expresaron: *“normalmente, yo no tengo tiempo para hacer eso”*. Esta falta de tiempo también fue expresada por algunas como una razón para generar más espacios de intercambio entre ellas, pues muchas desconocían las situaciones vividas por otras mujeres. Asimismo, dentro de este marco de desconocimiento sobresale el hecho de que algunas mencionan la costumbre de categorizar a las personas. Este tipo de discriminación está excluyendo incluso a las mujeres, que deberían, por el contrario, permanecer unidas por la lucha o la labor que cada una realiza como lideresa social, como lo menciona una de ellas.





Por otra parte, se evidencia que muchas de las participantes no tienen o no se toman un pequeño espacio de tiempo para relajarse o descansar, con una actividad como lo puede ser un masaje, sino que, al vivir el día con toda su cotidianidad, esos espacios quedan relegados y no son concebidos como necesarios para tomar un respiro.

Estos ejercicios sirvieron para hablar en confianza, para conocerse y para entender que lo que prima es la protección de la vida. Así mismo, sirvieron para procurar espacios de interacción y conocimiento entre mujeres que pasan por las mismas situaciones en su comunidad. Se considera que estos espacios de confianza deben estar basados en el **autocuidado, en el respeto por la opinión de las personas, pero sobre todo en la escucha activa**, ya que si entendemos y nos (re) conocemos en los puntos ciegos de las otras personas se puede, no solo identificar un espacio en que se puede tener un riesgo, sino también identificar esas similitudes que se tienen como seres humanos y no por el cargo o tarea que desempeña. En el ámbito personal esta confianza se construye por medio del cuidado. En el ámbito social, por medio de la interacción con diferentes subjetividades, etnias, comunidades y, quizá, grupos sociales al momento de construir y ampliar sus conocimientos en temas como la seguridad, el diálogo, la mediación y la construcción de paz.

La construcción de paz fue entendida como un proceso diario, cotidiano y político de luchas personales y colectivas que las mujeres usan para transformar sus realidades. Así, los aprendizajes sobre la Resolución 1325/2015 de las Naciones Unidas sirvieron para reconocer el trabajo previo de muchas de las mujeres, que han participado en procesos de diálogo, mediación o de construcción de paz, para luchar contra la violencia de género. Sin embargo, si bien puede que esta resolución haya ayudado en el reconocimiento de la mujer en escenarios de guerra o genocidio, ha dejado fuera algunos puntos que pueden ser relevantes en tareas que las mujeres que participaron en los talleres realizan. Una de las grandes fallas de esta resolución es que, si bien hay una mejora en la visibilidad de la participación de mujeres en espacios de diálogo, mediación, negociación y construcción de paz, existen muchas resistencias a facilitar esta participación por parte de algunos gobiernos.

De igual manera, si bien esta resolución aborda la seguridad de las mujeres, muy pocas veces toca el tema del desplazamiento forzado, una de las grandes problemáticas que enfrentan las mujeres de Riosucio. Para el caso colombiano, por ejemplo, para el año 2019 se registraron cerca de ocho millones de personas desplazadas. Así lo relató una de las mujeres participantes: *“El conflicto puede ser positivo, dependiendo del tipo de conflicto. El conflicto armado o el desplazamiento, para nosotras no tiene nada positivo, pues transformó todo, de forma inesperada, sin estar advertida, o preparada para ello, trayendo tantos malos recuerdos. Pero si yo estoy prevenida, puedo actuar ante eso. Los conflictos personales son más fáciles de verlos positivos. Pero en este territorio, que ha vivido*

el conflicto armado, es negativo, por su violencia. Pero nosotras nos hemos permitido resistir. Entonces, eso depende según la pregunta, y según el conflicto”. (Mujer lideresa, Taller Riosucio, diciembre 2020).

Según el Registro Único de Víctimas, el conflicto armado colombiano ha dejado 9,106.309 víctimas reconocidas como tal, desde 1985 hasta la actualidad (Unidad para la atención y reparación integral a las víctimas, 2021). De estas, el 50.3% son mujeres. No obstante, en algunos municipios, como en Riosucio, los impactos del desplazamiento han sido significativos para las mujeres de los consejos comunitarios.

Así, algunas mujeres tuvieron que romper sus vínculos con el territorio, afectando sus roles dentro de la comunidad. Por ejemplo, su trabajo de medicina tradicional fue perturbado, pues antes tenían su propia huerta para conseguir plantas y tenían sus medicinas para ejercer como parteras y sanadoras. De igual manera, esto implicó nuevas cargas, “las mujeres tuvieron que trabajar en bananeras y no es lo mismo que estar en la casa cuidando los hijos, se asumen nuevas cargas. (...) Tocó aprender de la salud de los pueblos (con pastillas y EPS), a que no las atiendan (a las mujeres), les detecten enfermedades tarde (...) entre otras” (Quintero, Guerrero, García, & Salazar, 2020, pág. 89).

En el caso de México, las mujeres expresaron la necesidad de empezar a profundizar el estudio de la Resolución 1325, especialmente en el marco de la campaña por la ampliación de la garantía de los derechos humanos de este país, liderada por el movimiento de mujeres y dado que la resolución no es tan conocida, en comparación con el caso de Colombia. De igual manera, algunas mujeres indígenas de México expresaron que estas herramientas están muy alejadas de sus realidades.

En términos generales, todas las mujeres reconocen la necesidad de fortalecer el papel de los Estados como responsables de cuidar y proteger a todas las personas (mujeres y hombres) que se encuentren en sus territorios, y de poner especial énfasis en las mujeres, que, en algunas situaciones, resultan ser las más vulneradas.

Durante la realización de los talleres y en su sistematización, se tejieron reflexiones que futuros proyectos pueden utilizar para la realización de talleres, quizá en cualquier parte del mundo, pero en especial en situaciones inesperadas como la pandemia, que exigieron metodologías virtuales a las que no estábamos acostumbradas.

Desde el aspecto general, lo que más sobresalió fue el hecho de entender y acompañar los espacios, mediante retroalimentaciones, presentaciones teóricas o diagramas para comprender ciertos conceptos, en este caso, el lugar situado y los puntos ciegos. En algunos casos, las facilitadoras territoriales cumplieron un rol clave para la dinamización de los talleres y el análisis territorial, como en el caso de Florida, Colombia, no solamente para la realización de los pre-test y post-test, sino, también, para el análisis y las lecturas territoriales.





Finalmente, un aprendizaje importante de los talleres hechos por las compañeras mexicanas fue el hecho de que, para auspiciar o promover el autocuidado, se les dio a las mujeres una SIM card con datos móviles, en tanto su conexión era casi nula, se le pagó a personas para que les cuidaran a sus hijos y así ellas pudiesen estar del todo presentes y conectadas con el taller y se abrió la posibilidad para que, mediante el uso de plataformas como Classroom, Padlet y Mentimeter, siempre estuvieran conectadas y con la información al día de cada una de las sesiones. Además de esto se rescata que, a través de estas plataformas, pueden volver a acceder a la información y compartirla con sus comunidades y movimientos.



CAPÍTULO 4

Impactos: soñemos junt*s



Nuestra puesta en común en el Seminario de Consolidación del proceso realizado en esta primera etapa del proyecto nos permitió reflexionar sobre los aprendizajes y desafíos vividos de las experiencias que lideramos con base en los cambios que nos propusimos. Abordar la seguridad y la protección desde una perspectiva feminista nos implica pensarlos y cuestionarnos desde aquellos mandatos, arreglos y roles de género que nuestras sociedades han construido, en este caso, para las mujeres por el hecho de ser mujeres.

Desde las visiones tradicionales de la seguridad, como mujeres nos han relegado a unos espacios que, en nuestra condición de género, nos han demandado ocupar de manera exclusiva. A nivel simbólico —y de los lugares que ocupamos en la sociedad—, los mandatos, arreglos, valores y roles de género que las sociedades hemos construido como cimientos de nuestros sistemas civilizatorios nos han envuelto en discursos culturales que han determinado los espacios en los que podemos desenvolvernos. De esta manera:

“Normalmente, la seguridad se asocia a la fuerza de los varones, pero no se mira la capacidad de protección y acompañamiento de nosotras como compañeras, se nos asocia a lo vulnerable” (Mujer defensora, Taller grupo A México, 22 de octubre 2020).

Mandatos de género desde una visión tradicional de la seguridad	
Hombres	Mujeres
Protector	Protegida
Proveedor de la seguridad	Receptora de la seguridad, a quien salvan
Fuerte, no muestra sus emociones	Débil, expone fácilmente sus emociones
Posición moral superior porque es capaz de arriesgar su propia vida en función de proteger a otras	Víctima
	Vulnerable
	Aguantadora

Fuente: elaboración propia a partir de las discusiones sostenidas en el proyecto

Es importante comprender la manera en que se ha establecido una configuración patriarcal del riesgo (Salamanca, 2020). Nuestras nociones y conceptos sobre la seguridad/protección están fuertemente influenciadas por los mandatos, arreglos y roles de género de las sociedades en las que vivimos. Bajo el poder de esos valores y discursos nos han criado, y ha sido esa la manera en que hemos aprendido a relacionarnos con las personas. Explorar la manera en que nuestras visiones sobre la feminidad y la masculinidad inciden en nuestros conceptos de la seguridad/protección, partiendo de que el género es una construcción sociocultural en una época determinada,

nos permite evidenciar que existen relaciones de poder que permean y les dan forma a nuestras relaciones, especialmente entre hombres y mujeres. Reflexionamos sobre quiénes deciden qué es estar en riesgo y cómo afrontarlo para reducirlo o eliminarlo.

Ubicad*s en las luchas y resistencias desde el Sur Global, hemos compartido algunas experiencias que han atravesado nuestras vidas como mujeres y hombres en México y Colombia, que nos permiten dar cuenta de cómo normalizamos las violencias que vivimos, en especial las mujeres, por cuenta de las desigualdades que generan los discursos y mandatos que han asignado a nuestras vivencias cotidianas. Discutimos algunos ejemplos: Rosa Emilia nos contaba a partir de la experiencia de Ciase sobre formación con la Policía Nacional de Colombia, que su lema, “Dios y Patria” evidencia cómo se ha construido la imagen del soldado que protege a la “Madre Patria”. La noción de la madre como lo más sagrado de la feminidad dadora de vida, que debe protegerse por su delicadeza e incapacidad para defenderse, lo convierte en el héroe de “La Patria”. En esta vivencia del sector seguridad se evidencia una visión sobre el sujeto de la seguridad (así, en masculino): el héroe que da su vida para proveer seguridad.

Otro ejemplo de la vida cotidiana se nos presenta cuando nuestras madres, abuelas o tías sirven porciones de comida más grandes a sus esposos o, en general, a los hombres de la casa por el hecho de ser los “proveedores”. O las chicas que siempre deben estar acompañadas de sus hermanos, padres, amigos para que puedan estar seguras cuando van a fiestas. O pedirle el favor a un amigo de hacerse pasar por su pareja para que otro hombre la deje tranquila, porque sabe que, de antemano, no aceptará que simplemente le diga que “no” para detener sus cortejos —cuando no se convierte en acoso—.

Dichos discursos y lugares (tanto simbólicos como materiales), así como las expectativas que la sociedad genera frente a una persona con base en el género, moldean nuestras nociones sobre lo que consideramos que es/debe ser la seguridad, lo que consideramos que es el riesgo. En este sentido, la seguridad está relacionada con lo masculino que se expresa en términos de protección. En consecuencia, tenemos héroes, expertos y luchadores de y para la seguridad. Tenemos narrativas del esposo devoto (el proveedor y protector) a su esposa abnegada.

Los mandatos de género también han forjado las visiones que hemos construido sobre la paz. Si la seguridad es masculina, la paz se ha concebido como la materialización de lo femenino. En medio de este dualismo se han ceñido nociones esencialistas sobre las mujeres como “buenas gobernantes” o como quienes siempre incitan al diálogo y a tener actitudes pacíficas como formas para tramitar conflictos por el hecho de ser mujeres. Sin embargo, frente a esta mirada simplista, hemos encontrado que las mujeres han construido *paces* como estrategia de resistencia frente a la guerra o a los escenarios de violencia directa que han vivido en sus territorios con sus comunidades. Las mujeres han optado por servir como puentes que comunican orillas diferentes en sus comunidades, o entre las comunidades y representantes del





gobierno, también en sus propias familias y con sus parejas. Esta es una de las múltiples estrategias que utilizamos.

En este sentido, en el proyecto hemos contribuido al **posicionamiento de miradas alternativas, con perspectiva feminista, sobre la seguridad y las paces, aportando al reconocimiento de las mujeres como agenciadoras (sujetas) en los debates sobre la seguridad**. Las mujeres en América Latina, desde las voces de Colombia y México, nos han mostrado que en sus luchas y vivencias diarias ponen presente temas que involucran cuestionamientos y reflexiones alrededor del género y los feminismos, a pesar de las estigmatizaciones de las que son objeto. *“No puedo decir que soy feminista en el pueblo porque me sacan a patadas”*, nos contaba una participante de los talleres en México, defensora de su territorio. Trabajamos por construir mundos en los que no se te señale por tu trabajo social o político.

Aunque no hayan realizado su trabajo explícitamente en el marco de los feminismos y que sus reflexiones no sean abordadas desde lo conceptual o desde los espacios académicos (que son los que tienen la validación epistémica de la sociedad), nos muestran cómo teorizan realidades colectivas e individuales en el marco de sus colectividades, para la reivindicación de sus derechos. La oralidad es una de las formas de generar y compartir conocimiento entre generaciones y entre comunidades indígenas y afrodescendientes como las que nos acompañaron en esta primera fase del proyecto. Una seguridad que se tensiona en el marco de los feminismos genera conocimiento a partir de los saberes prácticos, del hacer diario, de las experiencias que nos marcan en el día a día.

Nuestros abordajes de la seguridad cuestionan los roles de género que han establecido expectativas frente a las mujeres que no les permiten actuar en libertad. Uno de los testimonios más impactantes que escuchamos durante los talleres que compartimos con las mujeres en Florida, suroccidente de Colombia, fue: *“no tener que hacer las reuniones a escondidas para que los hombres no nos vean”* (Participante de los talleres, perteneciente a la comunidad afro del municipio. Octubre 23 de 2020). Nuestra apuesta por poner en el debate las concepciones y las políticas de seguridad tradicional tiene que ver con transformar las relaciones de poder que se ciernen sobre mujeres y hombres, que no nos han permitido escucharnos, sino que, por el contrario, nos han obligado a escondernos para poder sentirnos más seguras. Se nos ha enseñado que nuestras voces y nuestras acciones deben permanecer en el silencio, en la oscuridad.

De esta forma, la participación política, social o comunitaria en los territorios ha sido un escenario de lucha incansable. Los lugares que se nos han asignado no han contemplado las transformaciones de los valores políticos que orientan nuestras sociedades. Aunque estas luchas han dejado mucho dolor, también han permitido construir procesos colectivos que han encauzado las demandas de las comunidades. Así, en México, las mujeres decidieron ellas mismas buscar a sus familiares desaparecidos armadas de palas y de valentía ante la negligencia del

Estado. La comunidad de Nahuatzen, México, logró el reconocimiento de su Consejo Ciudadano Indígena para garantizar sus propias formas de gobierno (Serapaz, 2019). Las mujeres campesinas, afro e indígenas en Colombia se han estado organizando para proteger sus territorios, sus costumbres y la vida misma. Las historias de las jóvenes desde sus ciudades y municipios se han comprometido con la transformación de la violencia que ha regido en sus entornos próximos y han marcado sus vidas.

La juntanza en el marco de este proyecto, los viajes a nuestros lugares situados, las reflexiones alrededor de nuestros puntos ciegos y las conversaciones sobre las posibilidades del diálogo y la mediación nos permitieron aportar a la **autonomía y liderazgo de las mujeres para la reflexión sobre seguridad, construcción de paz y diálogo/mediación, contribuyendo al fortalecimiento de su seguridad y la de sus comunidades**, de modo que no sean solo las experiencias de violencia, dolor y sufrimiento las que nos unan.

4.1 Reflexiones desde los lugares situados de las mujeres en México y Colombia

A nivel conceptual

En el marco de la epistemología feminista aprendimos que:

- Los vectores/ejes de discriminación son categorías dinámicas. Sus efectos tienen mayor o menor influencia en la vida de determinadas personas de acuerdo con el tiempo (ciclo vital) y el lugar en el que habitan.
- Nuestros lugares situados son vivenciales. Aprender a reconocer lo que se está sintiendo y nombrarlo permite tramitar los sentimientos/emociones.
- Viajar a los lugares situados de otras personas nos da la posibilidad de aprender a reconocer nuestros puntos ciegos, es decir, aquellas vivencias de las que no somos conscientes porque no nos atraviesan directamente.
- Es necesario aprender a ver nuestros puntos luminosos o puntos de poder. Las conversaciones y espacios de diálogo deben permitirnos develar ese poder que se nos ha sido negado y oculto, para empezar a hacerlo visible.
- Generar un espacio ético feminista implica que la gente sienta que puede expresarse libremente, que se considere lo suficientemente importante en un grupo como para manifestar su disidencia. En este sentido, se propone la “ternura radical” como una forma anti sistémica de rompimiento de los mandatos, roles y arreglos de género.





- Los feminismos han ayudado a politizar las estrategias de paz al reconocer las asimetrías de poder, develando las estructuras de la desigualdad existentes y apostando por su transformación. Han sido una forma de protesta.
- El cuidado propio debe estar en concordancia con el cuidado colectivo. Cuidar nuestras emociones es generar condiciones para la protección y la seguridad, reconociendo que tenemos afectaciones de esta índole y que al permitirnos ser vulnerables también estamos expresando nuestro poder.

Sobre el diálogo y la mediación

- El diálogo y la mediación son posibles para el trámite de conflictos de índole personal y en los ámbitos familiar, comunitario y sociopolítico. Sin embargo, la viabilidad de procesos de diálogo/mediación en casos de violencia sexo-genérica se considera revictimizante y agresiva, en tanto se transgrede la dignidad. El diálogo no se debe imponer, pues pierde su esencia de voluntariedad y la posibilidad de transformación.
- Hay que transformar las relaciones con los varones en el marco de la defensa de la dignidad a partir de una apuesta feminista, en la que no se desdibuje la importancia de lo colectivo.
- Debemos aprender a sanar nuestros dolores ocasionados por las represiones vividas, la muerte que nos acecha y las violencias de las que hemos sido objeto.
- La mediación es un proceso voluntario, flexible y participativo. No solo ocurre en escenarios formales o institucionalizados, sino que transcurre en el pasar de nuestros días. Esta es la mediación cotidiana.
- El diálogo que construye es el que nos tensa al exponer nuestras necesidades, derechos e intereses libremente. Al igual que la mediación, solo es posible en espacios seguros.
- El diálogo no está exento de conflicto. Esto, a su vez, es una posibilidad de transformación. Es necesario crear pedagogías que nos permitan re-establecer acuerdos de convivencia, generar otros contratos sociales.

Frente a las concepciones de la seguridad

- La seguridad personal es el inicio de un camino que se materializa en la compañía de la comunidad.
- La dimensión espiritual para la seguridad de las mujeres en América Latina es esencial. Nuestros ritos, prácticas y saberes de búsquedas y conexiones trascendentales han marcado nuestras

experiencias cotidianas sobre qué nos hace sentir seguras. Aquí juegan un rol importante los amuletos. Nuestras compañeras indígenas, afrodescendientes y campesinas nos han enseñado que las herramientas espirituales comunitarias, por su valor simbólico, representan una fuerza fundamental para la permanencia de sus luchas.

- La seguridad es un elemento clave para la construcción de *paces*.

A nivel metodológico

- Para generar espacios de encuentro seguros, se requiere establecer enlaces locales cercanos con las mujeres con las que vamos a compartir.
- Estos espacios seguros se construyen a partir de la conciencia de los lugares situados de las mujeres. Las actividades y ejercicios planeados deben dar cuenta de sus necesidades, deseos y experiencias vitales para que puedan retroalimentar sus conocimientos.
- La virtualidad nos abre una ventana de posibilidades para la facilitación de encuentros a distancia (teniendo en cuenta el contexto de emergencia sanitaria actual). Sin embargo, las brechas digitales de acceso y manejo de recursos tecnológicos y herramientas de comunicación implican movilizar estrategias que permitan el acceso de las mujeres a conexiones a Internet. Se pueden explorar actividades fuera de línea para trabajo en casa, usando diferentes herramientas virtuales gratuitas o pagas que dinamicen las sesiones y promuevan el aprendizaje conjunto.
- Necesitamos crear estrategias pedagógicas que nos ayuden a encontrar maneras en que podemos tramitar las violencias sexo-genéricas en el marco del respeto y la dignidad de las víctimas que estén dispuestas a emprender procesos de esa índole.

A nivel político

- Es necesario consolidar una alianza entre las organizaciones impulsoras del proyecto y otras que se puedan sumar, apostándole a la seguridad feminista en espacios de incidencia, reflexión y acción.





4.2 Recomendaciones

- Se debe continuar promoviendo espacios seguros de encuentro, en el marco de la confianza, que nos permitan expresarnos en nuestra diversidad. No obstante, no se deben forzar espacios de diálogo pues no deben ser una imposición sino una búsqueda libre y consciente de las personas interesadas.
- Los espacios de encuentro deben ser espacios de construcción permanente de confianza.
- Los espacios de encuentro deben favorecer las discusiones sobre cómo tramitar las violencias al interior de los movimientos sociales, grupos y colectivos de defensa de derechos humanos y constructoras de paz, en relación con la conflictividad exterior a la que se enfrentan. Se requiere construir una ética feminista en las organizaciones.
- Cada espacio de diálogo para el encuentro debe dar lugar al trámite del dolor para que sean espacios de catarsis colectiva, de sanación.
- Los diálogos que emprendamos deben ser intergeneracionales e interseccionales.
- Se debe fomentar la implementación de la Resolución 1325 de las Naciones Unidas en México, en el marco de la agenda de Mujer, Paz y Seguridad, a partir de las vivencias y lugares situados de las mujeres en sus territorios.
- Los Estados deben construir planes de seguridad que pongan en su centro las condiciones/experiencias/vectores que nos cruzan, de modo que respondan a nuestras necesidades vitales en materia de seguridad.
- Una seguridad desde un enfoque feminista debe reconocer y apostar por la transformación de las relaciones asimétricas/desiguales de poder con base en el género.
- Una seguridad feminista debe ir más allá del nivel teórico y atender los saberes prácticos, del hacer diario, de las experiencias cotidianas de las personas y comunidades.
- Las aproximaciones feministas deben vincularse a partir de lo colectivo. Los feminismos impulsan las luchas colectivas sin resquebrajarlas.

Referencias

- ACNUR.** (2020) Tendencias globales. Desplazamiento forzado en 2019. <https://www.acnur.org/5eeaf5664.pdf> Aguirre, G. y Ruiz, M. (2015). Etnografía virtual, un acercamiento al método y a sus aplicaciones. *Época III*, 21 (41), 67-96.
- New York Times.** (16 de octubre de 2020). Un exsecretario de Defensa mexicano fue arrestado en Estados Unidos: ¿qué significa para México? <https://www.nytimes.com/es/2020/10/16/espanol/america-latina/general-cienfuegos-DEA.html>
- Castillo, O.** (10 de septiembre de 2020). *Entrevistas con representantes de cada una de las organizaciones / Entrevistada por Karen Domínguez.*
- CEPAL.** (s.f). *Feminicidio.* Observatorio de Igualdad de Género de América Latina y el Caribe. <https://oig.cepal.org/es/indicadores/feminicidio>
- Ciase — Corporación de Investigación y Acción Social y Económica.** (2018). *Una lapa en la avioneta. Una mirada feminista sobre las visiones de futuro y los agronegocios en el Vichada-Colombia.*
- Ciriza, A.** (2012). Genealogías feministas: sobre mujeres, revoluciones e Ilustración. Una mirada desde el sur. *Revista Estados Feministas, Florianópolis*, Vol. 20, p. 613-633.
- Contreras, L. I.** (2020). *El trabajo invisible y los riesgos por ser mujer defensora de la tierra en Guatemala, entrevista a Leiria Vay.* <https://www.cinep.org.co/Home2/component/k2/774-especial-8m-defensoras-de-la-tierra-en-america-latina-5.htm>
- Corona, R.** (2008). El narco, estado paralelo. *Análisis plural*. 2. pp. 210 - 222. https://repositorio.cebsa.org/bitstream/handle/11117/813/AP%202008-2%20SEM%2013_El%20narco.pdf
- Crenshaw, K.** (1989). Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics. *University of Chicago Legal Forum*. 1 (8). <http://chicagounbound.uchicago.edu/uclf/vol1989/iss1/8>
- Curiel, O.** (2018). ¿Qué es la decolonialidad? Séptima sesión del curso intersemestral e internacional de Estudios Críticos Latinoamericanas en dis/capacidad. Maestría en Discapacidad e Inclusión Social de la Universidad Nacional de Colombia. https://www.youtube.com/watch?v=2non_MMVXGc
- El País.** (abril 22 de 2016). El feminicidio en Ciudad Juárez, la historia sin final. https://elpais.com/internacional/2015/05/15/actualidad/1431653222_213789.html
- Fundación Paz y Reconciliación** (2018). Zonas post-Farc. *Cómo va la paz*. pp. 38-58. <https://pares.com.co/2018/06/06/como-va-la-paz-2018/>

García, D. (2020, agosto). Talleres introductorios. *Perspectivas y alternativas de las mujeres sobre los desafíos de la seguridad en América Latina*. CIASE (Facilitadora) modalidad virtual.

Garmendia, F. (2011). La violencia en América Latina. *An. Fac. Med.* 72 (4), pp. 269-276.
Grasa, R. (2015). *Mujeres, Paz y Seguridad: 15 años de la Resolución 1325*. ICIP. 25. icp-perlapau.cat/numero25/pdf-esp/Per-la-Pau-n25-ESP.pdf

Guevara, C. (2015). *Violencia le cuesta a América Latina lo mismo que la infraestructura*. <https://igarape.org.br/violencia-le-cuesta-a-america-latina-lo-mismo-que-la-infraestructura/#:~:text=El%2oestudio%2oestima%2oque%2ola,en%2o%2oinfraestructura%2odurante%2oun%2oa%C3%B1o.&text=La%2oanalista%2oagrega%2oque%2C%2oen,1%2opor%2ociento%2odel%2oPIB>

Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cátedra.

Herbolzheimer, K. (8 de septiembre de 2020). *Entrevistas con representantes de cada una de las organizaciones / Entrevistada por Karen Domínguez y Laura Henao*.

Herbolzheimer, K. (agosto de 2020). Talleres introductorios. *Perspectivas y alternativas de las mujeres sobre los desafíos de la seguridad en América Latina*. ICIP (Facilitador). modalidad virtual.

Insight Crime. (5 de marzo de 2020). Capital Murder: 2019 Homicide Rates in Latin America's Capital Cities. Análisis de María Alejandra Navarrete y Anastasia Austin.

Instituto Igarapé. (s.f.). Hechos Importantes. *Monitor de Homicidios*. <https://hmicide.igarape.org.br/?l=es>

Jackson, C. (2006) Feminism Spoken Here: Epistemologies for Interdisciplinary Development Research. *Development and Change*, 37(3), 525-547. doi:10.1111/j.0012-155x.2006.00489.x

Mouffe, C. (2001) *Ciudadanía y feminismo. Feminismo, ciudadanía y política democrática radical*. VNIFEM, IFE.

McCall, L. (2005) The Complexity of Intersectionality. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 30(3), 1771-1800. doi:10.1086/426800

Noguera, A. (2015). Los feminismos y la división espacio-género. *VII Congreso virtual sobre Historia de Las Mujeres*: Universidad de La Rioja.

Organización Mujeres de Zonas de Sacrificio en Resistencia (2015) Ecofeminizar el territorio. La ética del cuidado como estrategia frente a la violencia extractivista entre las Mujeres de Zonas de Sacrificio en Resistencia (Zona

Central, Chile). *Revista Ecología Política*. Pp. 83-88.

ONU Mujeres. (2018). *Violencia feminicida en México*. https://www2.unwomen.org/-/media/field%2office%2omexico/documentos/publicaciones/2019/infografa%2oviencia%2oonu%2omujeres%2oespaol_web.pdf?la=es&vs=5828

Otero-Bahamón, S. (2020). ¿Qué es lo subnacional de la desigualdad subnacional? Una mirada interseccional a la desigualdad en Latinoamérica. Working Paper.

Observatorio Venezolano de Violencia (27 de diciembre 2019). *Informe Anual de Violencia 2019*. <https://observatoriodeviolencia.org.ve/news/informe-anual-de-violencia-2019/>

Pearce, J. y Perea, C. (2019). Post War and Non-War Violences: Learning About Peace and Peacebuilding from Latin America. *Peacebuilding*, 7 (3), pp. 247-253, DOI: 10.1080/21647259.2019.1632057

Perea, C. (2019). Extreme violence without war and its social reproduction implications for building peace in Latin America, *Peacebuilding*, 7:3, 254-267, DOI: 10.1080/21647259.2019.1633105

Pierre, E. (agosto de 2020). Talleres introductorios. *Perspectivas y alternativas de las mujeres sobre los desafíos de la seguridad en América Latina*. CIASE (Participante) modalidad virtual.

OCHA. (2020). Resultados HNO 2020. [Presentación]. <https://reliefweb.int/sites/reliefweb.int/files/resources/Resultados%2oHNO%2o2020.pdf>

Quijano, A. (2014). *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/decolonialidad del poder*. CLACSO.

Quintana, L. (2020). *Política de los cuerpos*. Editorial Herder.

Quintero, T., Guerrero, J., García, E., & Salazar, J. (2020). Violencia, racismo y conflictos socioambientales: el despojo de tierras en el Consejo Comunitarios de los ríos La Larga y Tumaradó. Fundación Centro de Investigación y Educación Popular – Programa por la Paz CINEP-PPP – Programa Conflicto, Estado y Paz.

Red TDT. (2018). *Informe Red TDT | Desde la memoria... la esperanza*. <https://redtdt.org.mx/desde-la-memoria-la-esperanza/>

Ribeiro, D. (2019). Lugar de Fala. *Feminismos Plurais*. Pólen.

Revista Semana. (octubre 17 de 2020). Temor en Quibdó por toque de queda ordenado por supuestas 'Fuerzas Armadas Mexicanas'. <https://www.semana.com/nacion/articulo/temor-en-quibdo-por-toque-de-queda-ordenado-por-supuestas-%2ofuerzas-armadas-mexicanas/202037/>

Rodríguez, B. (diciembre de 2020). Seminario de Consolidación. *Perspectivas y alternativas de las mujeres sobre los desafíos de la seguridad en América Latina*. (Participante) modalidad virtual.

Sales, T. (2017). Repensando la interseccionalidad desde la teoría feminista. *Revista Agora*. 36 (2), pp. 229-256.

Salamanca, R. E. (agosto de 2020). Talleres introductorios. *Perspectivas y alternativas de las mujeres sobre los desafíos de la seguridad en América Latina*. CIASE (Facilitadora) modalidad virtual.

Serapaz. (2019). *La seguridad humana y la Guardia Nacional*. <https://serapaz.org.mx/la-seguridad-humana-y-la-guardia-nacional/>

Serapaz. (2019). *Defender el territorio es un derecho, no un delito*. <https://serapaz.org.mx/defender-el-territorio-es-un-derecho-no-un-delito-nahuatzen-libre/>

Serrano, J. (2007). *Whipping Girl: A Transsexual Woman on Sexism and the Scapegoating of Femininity*. Seal Press.

SOA Watch. (7 de octubre de 2011). Legado de la Escuela de las Américas: al menos 11 dictadores entrenados por EUA desde 1948. *Numerof*. <http://numerof.org/legado-de-la-escuela-de-las-americas-al-menos-11-dictadores-entrenados-por-eua-desde-1948/>

SOA Watch. (octubre de 2020). *Desde el inicio hasta el final: Estados Unidos en el Conflicto Armado Colombiano. Informe para La Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición*. School of the Americas Watch.

Solís, A. (8 de septiembre de 2020). *Entrevistas con representantes de cada una de las organizaciones / Entrevistada por Karen Domínguez y Laura Henao*.

Tickner, A. (1992). *Gender in international relations: feminist perspectives on achieving global security*. Columbia University Press.

Unidad para la atención y reparación integral a las víctimas. (3 de marzo de 2021). VÍCTIMAS CONFLICTO ARMADO. <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/registro-unico-de-victimas-ruv/37394>

Urrutia, P., Villellas, A., y Villellas, M. (2020). *Seguridad Feminista. Aportaciones conceptuales y desarrollo actual*. Escola de Cultura de Pau.

Valobra, A. (2015). El Estado y las mujeres, concepciones en clave feminista. *Estudios Sociales del Estado* - volumen 1, número 2.

Young, I. M. (2000). *La justicia y la política de la diferencia*. Cátedra.

